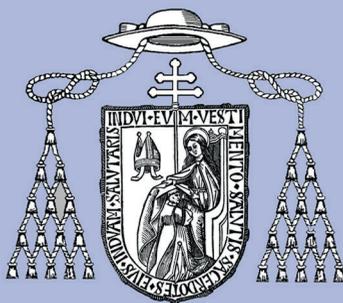


BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO



ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Cartas Pastorales

- Los sueños se construyen juntos. La importancia de la vocación laical en el momento presente..... 247
- “Le hablará el corazón” (Os 2, 16). Sobre la pastoral vocacional..... 276

II. Escritos dominicales

- Visita pastoral: el buen pastor conoce a las ovejas, el 5 de septiembre..... 304
- Centenario de la Legión de María, el 12 de septiembre..... 305
- Jornada de Inicio del Curso Pastoral, el 19 de septiembre..... 306
- ¡Cuidemos la creación!, el 26 de septiembre..... 307

Secretaría general

I. Decretos

Aprobación de estatutos:

- Cofradía-Hermandad del «Santísimo Cristo de la Humildad», de Toledo..... 311

Otros decretos:

- Autorización de Oratorio en el Colegio Diocesano Santa Clara, de Ocaña..... 312

II. Edicto

- Causa de Beatificación y Canonización de la sierva de Dios Jorja Perea García.. 312

- III. Nombramientos*..... 313

Año CLXXV - Núm. 8

Septiembre 2021

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. CARTAS PASTORALES

Carta Pastoral para el curso 2021/2022

LOS SUEÑOS SE CONSTRUYEN JUNTOS

La importancia de la vocación laical en el momento presente

1. INTRODUCCIÓN: ALGO MÁS QUE UN TÍTULO

1. Todos soñamos. Y lo hacemos en un doble sentido: como expresión de una función primordial de nuestro cerebro cuando dormimos, que nos ayuda a seleccionar recuerdos; y, de forma consciente, como anhelo persistente de algo que deseamos conseguir. La acción de soñar es, por definición, individual. Pero solemos compartir nuestros sueños, ya sea al despertarnos, comentando aquello que recordamos haber soñado con quienes nos acompañan en nuestro día a día, ya sea al hacer partícipes a otros de nuestras añoranzas.

Mi sueño para la Archidiócesis de Toledo, que deseo compartir con cada uno de vosotros, **es poder celebrar un sínodo que nos ayude a todos los miembros de la comunidad diocesana a fortalecer nuestra fe en Cristo, a reforzar nuestro ser Iglesia y a manifestarnos como un único Pueblo de Dios para salir al encuentro de los hermanos que no le conocen.** Es un sueño que he ido madurando desde que tomé posesión como Arzobispo de Toledo el pasado 29 de febrero de 2020. Un sueño que comienza a concretarse con la propuesta pastoral presinodal 2021-2024 que quiero presentaros en esta Carta Pastoral. Un sueño que hemos de hacer realidad todos y cada uno de nosotros, miembros de la Iglesia que peregrina en la Archidiócesis de Toledo, desde la complementariedad de nuestras propias vocaciones –laical, consagrada y sacerdotal–. Un sueño que podemos y debemos construir juntos.

2. Un sínodo diocesano es, de conformidad con el Código de Derecho Canónico, un *“una asamblea de sacerdotes y de otros fieles escogidos de una Iglesia particular, que prestan su ayuda al Obispo de la diócesis para bien de toda la comunidad diocesana”*. Su convocatoria corresponde al Obispo cuando las circunstancias así lo aconsejen y su finalidad es prestar ayuda al Pastor para bien de toda la comunidad, aconsejando sobre los distintos aspectos de la vida de la Iglesia diocesana. Se trata de una oportunidad única para que todos nos sintamos protagonistas de la milenaria historia de la Archidiócesis de Toledo en el momento presente para construir su destino futuro.

3. Desde que llegué a la Archidiócesis de Toledo, una de mis prioridades ha sido **escuchar**. Gobernar exige adoptar decisiones, pero para mí la mejor forma de hacerlo es escuchando antes. Es por ello por lo que he querido iniciar una visita pastoral a toda la Diócesis, tal y como he explicado en mi Carta Pastoral *“La parroquia, manantial de vida para la comunidad cristiana”*, con el objetivo de escucharos, alentaros, compartir con vosotros vuestros anhelos y necesidades. Creo que es un primer paso importante para seguir conociéndonos y creciendo juntos; también a fin de crear ambiente presinodal, tan necesario para poder celebrar con éxito un sínodo diocesano.

4. Deseo hacerlo no sólo porque es la forma en la que entiendo mi ministerio episcopal, sino también porque, como he señalado en distintas ocasiones, estamos viviendo un cambio de época que exige que nos replanteemos algunas cuestiones fundamentales de nuestra organización, de nuestra pastoral, de nuestra misión como Iglesia diocesana en el contexto de las prioridades marcadas a nivel nacional y universal. El último sínodo celebrado en la Archidiócesis lo impulsó nuestro querido y admirado D. Marcelo en 1986. Han pasado 35 años. Este intervalo de tiempo, en el contexto del mundo actual, donde todo se ha acelerado, hace que resulte necesario discernir, escuchar y dialogar sobre qué nos pide el Señor en el momento presente a quienes formamos parte de la comunidad diocesana.

En este sentido, mis primeros pasos entre vosotros han coincidido con dos acontecimientos eclesiales muy significativos que están marcando ya el futuro inmediato de nuestra Iglesia: el Congreso de Laicos y el Sínodo de Obispos sobre la sinodalidad. Ambos han sido concebidos no como eventos, sino como auténticos procesos que implican a todo el Pueblo de Dios: obispos, sacerdotes, religiosos, laicos. Todos hemos de sentirnos protagonistas, porque lo somos

El Congreso de Laicos comenzó como una fecha marcada en el calendario para reflexionar sobre el laicado y ha culminado como un proceso de todo el Pueblo de Dios. Hemos descubierto que nos necesitamos entre nosotros y que el mundo necesita del mensaje de esperanza que podemos transmitirles como

Iglesia. La fase que se ha abierto al finalizar el mismo, en la que se promueven cuatro itinerarios como referencia de nuestras dinámicas pastorales –primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública– y dos claves horizontales para guiar los trabajos –sinodalidad y discernimiento– ha de llegar a todos los rincones de nuestra Archidiócesis, porque nos jugamos mucho en ello.

Al mismo tiempo, **el Sínodo de los Obispos convocado por el Santo Padre en torno a la sinodalidad** nos permitirá profundizar en ese proceso vivido con motivo del Congreso de Laicos. No en vano, como señala el Papa Francisco, “[e]l camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio. Lo que el Señor nos pide, en cierto sentido, ya está todo contenido en la palabra «Sínodo». Caminar juntos –laicos, pastores, Obispo de Roma–” (*Discurso del Santo Padre Francisco en la Conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 de octubre de 2015).

5. ¿No es todo esto providencial? Yo creo que lo es. Me emociona pensarlo así y me ilusiona saber que el objetivo que soñamos con el Papa Francisco de ser Iglesia en salida vamos a construirlo juntos para nuestra Archidiócesis de Toledo.

Ambos acontecimientos nos ayudan y, al mismo tiempo, nos impulsan, a comenzar a dar los primeros pasos hacia nuestro sínodo diocesano.

2. UNA PROPUESTA PASTORAL PRESINODAL

2.1. Premisas

6. El pasado curso concluíamos el Plan Pastoral 2012-2021 impulsado por mi querido predecesor, D. Braulio. Un plan pastoral muy bien preparado y ejecutado, modélico en relación con no pocos aspectos, que nos ha ayudado a profundizar, desde la clave de la familia, en diferentes aspectos fundamentales de nuestra vida de fe y de nuestra misión como Iglesia. Los planes pastorales son importantes, porque ayudan a crear comunión.

Como expresé en mi Carta Pastoral “Sal y Luz”, *“resulta evidente que un plan pastoral, un proyecto en común diocesano, no es por sí solo ni la solución ni la panacea para solventar todos los problemas que tenemos a la hora de la evangelización en nuestra tierra (...). Sin embargo, no menos cierto es que un plan pastoral aporta organización y genera comunión, si sus objetivos e iniciativas se fijan en clave sinodal y a la luz del Espíritu. Contar con un instrumento de referencia que canalice las diferentes iniciativas diocesanas y parroquiales hacia fines comunes, unidos al Pastor y compartiendo ilusiones*

y desvelos, transforma la acción pastoral en nexo de unión y la hace más eficaz. La programación no puede sustituir la espontaneidad del soplo del Espíritu, pero el Espíritu también sopla a través de la programación pastoral conjunta". Es por ello que, de la mano de mis más inmediatos colaboradores y tras someterlo a consideración de la Curia Diocesana y del Colegio de Arciprestes, he querido impulsar la Propuesta Pastoral Presinodal 2021-2024 bajo el título "La alegría de caminar juntos".

7. En la homilía que pronuncié en la Eucaristía de toma de posesión como Arzobispo de Toledo, mis primeras palabras fueron las siguientes: "Son muchos los que me preguntan cuáles serán mis retos pastorales, mis planes, mis proyectos, los sueños de mi corazón de pastor. Se llama anunciar y vivir a Jesús que me lanza a evangelizar a los pobres". Esa es la clave: vivir a Cristo y anunciarlo a los demás. Es la esencia de nuestra misión como Iglesia. Y estoy convencido de que la propuesta pastoral que impulsamos nos ayudará a ello eficazmente.

Parte de una premisa básica: se trata, como su propio nombre indica, de una propuesta, es decir, **un camino** que se ofrece a toda la comunidad diocesana –parroquias, asociaciones y movimientos, comunidades eclesiales– **en el que, en ejercicio de su libertad y respetando sus propias iniciativas pastorales, podemos confluir todos, generando comunión**. Estas líneas pastorales diocesanas ni agotan ni desplazan los proyectos pastorales que tiene cada comunidad particular integrada en la Archidiócesis. Pero hace posible que todos tengamos un objetivo común, compartamos iniciativas, nos encontremos y caminemos juntos. Por eso es importante. E imprescindible.

8. Como se indica en el documento elaborado que contiene el planteamiento (y que quiero traer a esta Carta Pastoral para darlo a conocer a todos), todo plan pastoral ha de partir del contexto en el que se pretende implantar. A nivel sociológico, estamos en un momento nuevo, por todo lo vivido a causa de la pandemia (con sus esperanzas y sus sombras); a nivel eclesial, hemos completado el proceso de renovación de la curia y me dispongo a iniciar una visita pastoral. Al mismo tiempo, he anunciado mi deseo de celebrar un sínodo diocesano que marcará el destino de nuestra Archidiócesis en los próximos años.

9. La propuesta pastoral que planteamos parte de esta doble premisa –conceptual y contextual–, buscando ser instrumento de comunión desde la profundización en una serie de líneas pastorales, inspiradas en la realidad del tiempo presente, que toman como referencia las principales prioridades suscitadas por el Espíritu en la Iglesia universal, española y toledana.

De este modo, en el periodo 2021-2024 –esto es, los tres próximos cursos

pastorales– son **tres** los **subrayados fundamentales** que hemos de tener en cuenta:

–En primer lugar, el Sínodo de los Obispos, en el que se nos propone reflexionar sobre la sinodalidad, entendida como modo de ser Iglesia.

–En segundo lugar, el nuevo momento que se inicia en la Iglesia que peregrina en España en el contexto del poscongreso de laicos, que se ha transformado en un proceso de todo el Pueblo de Dios.

–En tercer lugar, la visita pastoral que comienza, con la que quiero encontrarme con mi pueblo, dialogar con él, alentarlo y animarlo.

Todo ello –sin olvidar algunos de los hitos que están marcando el camino actual, como el Año Santo Guadalupense o el Año de la Familia– **con la mirada puesta en el sínodo diocesano que iniciaremos en 2024.**

Esta Asamblea, presidida por el Arzobispo y formada por todo el pueblo de Dios que peregrina en la Archidiócesis de Toledo, nos permitirá discernir sobre los nuevos retos que tenemos planteados como Iglesia diocesana en el momento presente y ofrecer propuestas de acción, inspiradas por el Espíritu.

2.2. Nuestra propuesta: profundizar en los tres caminos vocacionales hacia la llamada común a la santidad

10. Sobre la base de estas consideraciones, con la propuesta pastoral 2021-2024 se busca integrar a la comunidad diocesana en esta dinámica pastoral planteada desde los tres niveles mencionados con una finalidad última: renovarnos interiormente para potenciar nuestra acción evangelizadora.

La llamada a la santidad de todo bautizado se concreta en tres caminos vocacionales distintos, cada uno de los cuales tiene sus propios rasgos característicos. Vocación laical, vocación a la vida consagrada y vocación al sacerdocio son tres formas, únicas en sí mismas y complementarias en su conjunto, de vivir esa llamada universal a la santidad. Ser plenamente conscientes de la propia misión y de su encaje en el plan de salvación de Dios para la humanidad es imprescindible para poder cumplirla.

Por esta razón, proponemos centrar la atención en cada una de ellas en los próximos tres cursos pastorales, convencidos de que ello nos ayudará a todos –sacerdotes, consagrados y laicos– a **descubrir la grandeza de nuestra propia vocación y a comprender la esencia de las demás vocaciones.** De este modo:

–el Curso Pastoral 2021-2022 se centrará en la **vocación laical** como auténtica vocación a la que Dios llama a los fieles laicos, impulsando en nuestra Archidiócesis las propuestas planteadas desde el Congreso de Laicos, en el marco del nuevo horizonte que se abre en nuestra Iglesia a nivel nacional.

–el Curso Pastoral 2022-2023 profundizará en las distintas manifestaciones

de la **vocación a la vida consagrada** y en el significado de la búsqueda de la vivencia plena de su triple voto de pobreza, obediencia y castidad y su plena consagración a Dios.

—el Curso Pastoral 2023-2024 se dedicará a la **vocación sacerdotal** como llamada específica a ser otro Cristo y a administrar los sacramentos, predicar la Palabra y ser intermediarios entre Dios y los fieles.

11. Cada curso pastoral, como plasmación concreta de la máxima de la renovación en continuidad, tendrá **tres ejes fundamentales**: la Jornada de Inicio de Curso, las Jornadas de Pastoral y la Jornada de Fin de Curso. En línea con la práctica consolidada en años anteriores, cada uno de ellos será momento de encuentro de la comunidad diocesana para conocer y profundizar en las líneas pastorales propuestas y, sobre todo, para formarnos, seguir creciendo en comunión y animarnos para la acción evangelizadora, fin último de toda propuesta pastoral.

Ayudará a ello el trabajo de unos **temas conjuntos** por parte de los distintos grupos parroquiales, asociaciones y movimientos con los subrayados principales del curso y las diferentes iniciativas propuestas por las Delegaciones y Secretariados, que no restan ni resultan incompatibles con las dinámicas parroquiales y arciprestales.

A nivel organizativo, se ha creado un **órgano colegiado presidido por el Arzobispo** con la encomienda de coordinar los trabajos pastorales. Forman parte del mismo los tres Vicarios personales (Vicario para los Laicos, Familia y Vida, Vicario para la Vida Consagrada y Vicario para el Clero) y varios laicos y miembros de la vida consagrada en representación de todo el Pueblo de Dios que peregrina en nuestra Archidiócesis.

Esta dinámica —que constituye en sí misma un Ver presinodal, es decir, un análisis preliminar de la realidad de nuestras comunidades eclesiales para ir despertando en ellas el deseo de ponernos en marcha—, permitirá avanzar paulatinamente hacia el sínodo diocesano, que comenzará a dar sus primeros pasos en el curso 2024-2025 tras los trámites preceptivos que marca el Derecho Canónico.

12. Efectivamente, conocer al Pastor y conocernos entre nosotros en cuanto al significado y alcance de nuestras respectivas vocaciones; poner en práctica la sinodalidad desde la reflexión compartida; interiorizar en nuestra comunidad diocesana y en nuestras comunidades parroquiales las enseñanzas del Congreso de Laicos para ser Iglesia en salida es el itinerario que nos conducirá a ese nuevo camino, ilusionante y esperanzador, que es el sínodo diocesano que abriremos una vez finalizado este proceso previo. **Tres subrayados, tres líneas de acción, tres ejes fundamentales para los próximos tres**

cursos pastorales. Esa es nuestra propuesta, sencilla pero con fundamento, a través de la cual se busca seguir impulsando una pastoral con corazón.

3. LA IMPORTANCIA DE LA VOCACIÓN LAICAL Y LA PRESENCIA DEL LAICADO EN UNA IGLESIA SINODAL

13. En esta propuesta –como ocurre también, en general, en el cumplimiento de la misión de la Iglesia–, **los laicos tenéis una tarea fundamental, única e insustituible.** Estáis llamados, por vuestra propia vocación, a hacer presente a la Iglesia en medio del mundo y a transformar la realidad para hacer de ella el espacio querido por Dios. No sois ni cristianos de segunda ni ciudadanos de segunda. Sois seglares, llamados al apostolado en el mundo, con un papel propio y enteramente necesario en la Iglesia, como señala el Concilio Vaticano II. Precisamente por ello, y en línea con el planteamiento que se hace desde la Conferencia Episcopal Española en el contexto del postcongreso de laicos, resulta más que oportuno dedicar el primer año a profundizar en la vocación laical.

Efectivamente, la Conferencia Episcopal acaba de aprobar sus orientaciones pastorales y líneas de acción para el periodo 2021-2025. Recomiendo vivamente, en particular, la lectura y reflexión del marco sociológico que en ellas ofrecemos los Obispos, porque permite contextualizar y comprender la misión a la que estamos llamados.

14. Como he compartido recientemente con vosotros en uno de mis escritos dominicales, el ejercicio de mi vida sacerdotal ha estado marcado por tres Papas: San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Papa Francisco. Del primero de ellos me siguen impresionando –y guiando– sus palabras en el balcón de la Plaza de San Pedro nada más ser proclamado Papa: “no tengáis miedo; abrid de par en par las puertas a Cristo”. El combatí con todas sus fuerzas los dos totalitarismos que han marcado el siglo XX, el nazismo y el comunismo, incluso cuando parecía no haber esperanza. Nos demostró que **la fe mueve montañas.** Benedicto XVI nos ayudó a descubrir que la clave de todo radica en el encuentro personal con Dios y en vivir la santidad personal como camino para superar las crisis: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. También que Occidente no puede entenderse sin el cristianismo. Nos ha mostrado que **creer es razonable.** El Papa Francisco nos ha animado a crecer por dentro para servir por fuera y a evangelizar, siempre, con alegría: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza,

del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”. Testimonia con su ejemplo que **ser cristiano es ser alegre**.

Los tres Papas han escrito páginas memorables sobre los fieles laicos. No puedo sino animar a releer, en particular, *Christifideles Laici*, *Deus Caritas Est* y *Evangelii Gaudium*. Me gustaría en este momento simplemente recordar tres frases que nos ayudan a contextualizar el curso pastoral que comenzamos, centrado en la vocación laical. Os invito a leerlas despacio, pensando en vuestra propia vida.

“No es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios” (*Christifideles Laici*, 10). En este sentido, no podemos olvidar que “El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública” (*Deus Caritas Est*, 29). Pero hemos de ser realistas, porque queda mucho por hacer. “Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones. Si bien se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante” (*Evangelii Gaudium*, 102).

En estas tres afirmaciones de nuestros tres últimos Papas se encuentra la esencia de lo que significa la vocación laical y de los retos que implica. ¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué nos cuesta tanto mostrarnos como creyentes, hablar de nuestra fe en público, compartir con quienes están a nuestro lado lo que vivimos al caminar junto al Señor? ¿Qué nos falta para ser auténticos evangelizadores, esto es, anunciadores, de palabra y de obra, de la existencia de un Dios que nos ama y nos cuida? ¿Cuál es la razón de que nuestras comunidades, en no pocas ocasiones, se muestren tan cerradas a

quienes se acercan a ellas desde fuera? ¿Por qué motivo no estamos presentes en la vida pública y somos tan poco relevantes socialmente? Son solo **algunas preguntas** que conviene que nos formulemos para identificar esos retos. La respuesta es clara, pero hemos de descubrirla y vivirla cada uno de nosotros: no creemos en una idea, porque Dios no es una idea; creemos en el Señor, porque nos hemos encontrado con Él. De ahí nace todo.

3.1. Laicos por vocación

15. Nunca está de más recordar el número 31 de *Lumen Gentium*, que sigue resonando con fuerza a día de hoy: “A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor”.

En el acto inaugural del Congreso de Laicos celebrado en Madrid en febrero de 2020, al que tuve ocasión de asistir, hubo una frase, pronunciada precisamente por un laico, que resonó particularmente y caló en los corazones de los presentes: “No somos seglares por defecto, porque Dios no nos haya llamado a ser sacerdotes ni religiosos o religiosas; somos seglares por propia vocación, porque Dios nos quiere así, en coherencia con la llamada transmitida el día de nuestro bautismo. Dios nos quiere laicos y laicas presentes en medio del mundo”. Así es: **sois laicos, no por defecto, sino por vocación.**

Efectivamente, la vocación laical no puede ser considerada una vocación residual. Es una de las tres formas de vivir la llamada común a la santidad, junto al sacerdocio y la vida consagrada. Es igual en dignidad y en valía, si bien distinta en sus rasgos característicos y sus elementos definitorios. Y así hemos de presentarlo y proponerlo. Los pastores tenemos una responsabilidad fundamental en este sentido. No sólo hemos de ayudar a que las personas cuyo cuidado se nos encomienda vivan más intensamente su relación con Dios y, cuando sea el caso, descubran su llamada al sacerdocio o a la vida consagrada. Allí donde no se percibe esa llamada específica, es nuestra responsabilidad ayudarles a descubrir y vivir plenamente la vocación laical en coherencia con el

bautismo recibido. Acompañar a los laicos en el descubrimiento de su vocación y en el cumplimiento de su misión en medio del mundo ha de ser una tarea a la que los sacerdotes dediquemos nuestros mejores esfuerzos.

16. Lejos queda ya la visión de la Iglesia en la que los laicos eran meros colaboradores de los sacerdotes. En coherencia con vuestra vocación, tenéis una responsabilidad plena en la Iglesia y en el mundo. La Iglesia os necesita, porque sois parte fundamental de ella. El mundo os necesita, porque estáis llamados a llevarle la buena noticia. Tal y como se indica en el núm. 900 del Catecismo de la Iglesia Católica –siempre conviene volver al Catecismo–, “los laicos están encargados por Dios del apostolado en virtud del Bautismo y de la Confirmación y por eso tienen la obligación y gozan del derecho, individualmente o agrupados en asociaciones, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más apremiante cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo. En las comunidades eclesiales, su acción es tan necesaria que, sin ella, el apostolado de los pastores no puede obtener en la mayoría de las veces su plena eficacia”. Se puede decir más alto, pero no más claro. Ahora bien, ¿lo estamos viviendo y poniendo en práctica?

3.2. Laicos en comunión

17. **Hablar de la vocación laical exige hablar de comunión.** No podéis vivir vuestra vocación sin un fuerte arraigo con la Iglesia, nuestra madre. Habéis nacido a la fe seglares por el bautismo administrado en el seno de la Iglesia. Y la vivencia en plenitud de la fe requiere formar parte de una comunidad eclesial.

18. El lugar primordial a tales efectos es la Parroquia, comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio. Así la define el Derecho Canónico. En este sentido, la Parroquia es “presencia eclesial en el territorio” (Papa Francisco), “fuente de la aldea” (San Juan XXIII), “espacio para el ejercicio efectivo de la vida cristiana” (San Juan Pablo II). En mi Carta Pastoral sobre la Parroquia he hablado de la importancia de la comunidad parroquial como comunidad profética que predica y vive la palabra; como comunidad sacramental que celebra los sacramentos y la Liturgia; como comunidad sinodal en torno a la figura del párroco. Me gustaría ahora insistir en la idea de que “en la actualidad, la parroquia como familia de familias supera el esquema de la Iglesia piramidal en cuya cúspide

se encuentra el párroco, luego los sacerdotes, más abajo las religiosas y por último los laicos. Hoy por hoy, esta mentalidad es un error y un camino que nos lleva a la esterilidad pastoral” (núm. 58). **La Parroquia somos todos; la Parroquia es cosa de todos.** No es un lema más o menos bonito. Es una realidad: la comunidad parroquial está conformada por todos los miembros bautizados que participan de su vida, congregados en torno al pastor. Por eso, su cuidado, impulso, apertura a quienes se aproximan a ella, en definitiva, su destino y el cumplimiento de su misión es responsabilidad de todos.

19. Quiero destacar, al mismo tiempo, **la importancia del apostolado asociado.** En palabras del Decreto conciliar *Apostolicam Actuositatem*, “el apostolado asociado de los fieles responde muy bien a las exigencias humanas y cristianas, siendo el mismo tiempo expresión de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo, que dijo: «Pues donde estén dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (*Mt.*, 18,20)”. Como seres humanos somos seres sociales; asociarnos como cristianos, integrándonos en movimientos y asociaciones laicales, en cofradías y hermandades, en otras asociaciones de fieles, nos ayuda a vivir más plenamente la fe, y es manifestación del ser comunitario de la Iglesia. La unión hace la fuerza.

No puedo no destacar en este sentido la importancia de la Acción Católica General, que ha sido muy importante en mi vida. Valoro muchísimo esta asociación, que es la forma ordinaria que tienen los seglares de organizarse. Me gustaría, por ello, que, al igual que Cáritas, que es la Iglesia haciendo caridad, la Acción Católica General estuviera presente en todas las parroquias de la Archidiócesis, porque constituye expresión de lo que quiere ser verdaderamente el apostolado seglar en la Iglesia. Sus cuatro notas, recogidas en *Apostolicam Actuositatem*, no son una rémora del pasado, sino una forma eficaz de vivir la vocación laical en el seno de la Iglesia e incorporados en el mundo. Parfraseando sus palabras, urge que cada vez sean más los laicos que hagan propio el fin apostólico de la Iglesia, es decir, la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de sus conciencias, de suerte que puedan saturar del espíritu del Evangelio las diversas comunidades y los diversos ambientes; que cooperen según su condición, con la jerarquía, ofreciendo su experiencia y asumiendo la responsabilidad en la dirección de estas organizaciones, en el examen diligente de las condiciones en que ha de ejercerse la acción pastoral de la Iglesia y en la elaboración y desarrollo del método de acción; que trabajen unidos, a la manera de un cuerpo orgánico, de forma que se manifieste mejor la comunidad de la Iglesia y resulte más eficaz el apostolado; que se ofrezcan espontáneamente o acepten la invitación a la acción y directa cooperación con el apostolado jerárquico, para trabajar bajo la dirección superior de la misma jerarquía. Resulta evidente que no todos

los fieles laicos se sentirán llamados a integrarse en la Acción Católica, pero no menos cierto es que estas cuatro notas definen a la perfección el ideal de la acción organizada de los fieles laicos en comunidad. Así han de ser presentadas para que puedan ser vividas por cada vez más seglares.

20. Parroquia, asociaciones y movimientos son comunidades de referencia para la vivencia de la fe. Pero ni una ni otros pueden vivir al margen de la Diócesis, forjadora de comunidad. De la misma manera en que la suma de personas no crea comunidad, la suma de parroquias, asociaciones y movimientos no crea Diócesis: es necesario vivir en comunión.

En la construcción de la comunidad –incluida la diocesana–, los laicos tenéis un papel fundamental. No podemos olvidar que la vida de la Iglesia también depende de la acción y responsabilidad de cada bautizado. Así ha sido siempre, pero el momento que nos está tocando vivir pide que evidenciamos esta verdad radical aún con más fuerza; nos exige vivir corresponsablemente nuestra vocación de manera personal y comunitaria, ayudando a hacer crecer a la Iglesia parroquial y diocesana y a anticipar el Reino de Dios en el mundo. **Ello requiere, en vuestro concreto caso, queridos fieles laicos, que comprendáis que vuestra vocación laical es una auténtica vocación,** una llamada a hacer presente a la Iglesia en medio del mundo como parte fundamental del Pueblo de Dios que sois; una llamada, propia y específica, a mostrar a Jesucristo entre nuestros coetáneos, a acompañarles en sus anhelos y necesidades, a formarse en la fe para compartirla con otros, a trabajar por cambiar la realidad en la que estáis inmersos a la luz de la misma.

21. En definitiva, para que exista esta comunión es preciso **que la Iglesia reconozca a los laicos y que los laicos os reconozcáis Iglesia.** Un doble reconocimiento efectivo y afectivo, es decir, no limitado a la mera teoría ni a grandes proclamas, sino aplicado en la práctica y vivido en el día a día, a nivel personal y comunitario. Cuando un cristiano, en coherencia con su vocación laical, decide servir en el ámbito de la política, tratando de colaborar en la construcción del bien común a la luz de la fe, no lo hace por su cuenta y riesgo, sino enviado por la Iglesia y, por tanto, ha de ser acompañado por ella, por su comunidad de referencia. Cuando un cristiano, en coherencia con su vocación laical, asume el compromiso de ser catequista, no lo hace por colaborar con el sacerdote, sino porque es su misión y su responsabilidad ayudar a la evangelización de la comunidad. En uno y otro caso, es fundamental vivir la comunión, en una doble dirección: de la comunidad a la persona y de la persona a la comunidad. Dicho sencillamente, un cristiano comprometido en política ha de verse como Iglesia en el mundo; un catequista comprometido en la parroquia ha de sentirse miembro de la comunidad a cuya edificación

contribuye. Estos dos sencillos ejemplos me permiten ilustrar una idea que considero fundamental: no es posible vivir la vocación laical en plenitud si no es desde la comunión con la Iglesia.

3.3. Laicos en misión

22. Desde la comunión, los laicos estáis llamados especialmente a la acción. Pero no a una acción sin sentido, puramente activista, sino a la acción evangelizadora, misionera. Un cristiano que no está presente como sal de la tierra y luz del mundo quedaría relegado al ámbito de lo insustancial y de las sacristías, no siendo fiel a la profunda vocación de vivir en el mundo según el corazón de Dios. Evangelizar, compartir la fe, no es cosa “de curas y monjas”; muy al contrario, es, ante todo, una tarea específica de los fieles laicos, dado que por vuestra propia vocación estáis llamados a ordenar las realidades temporales según Dios, es decir, a cambiar la realidad para ayudar a hacer de ella un espacio tocado por su mano, un pequeño anticipo de su Reino, un lugar mejor, más humano, más fraterno. **Los cristianos somos el corazón del mundo.** Vosotros, laicos, estáis en el mundo y a vosotros os corresponde primordialmente esta tarea. El Papa Francisco lo ha expresado de forma particularmente iluminadora en *Evangelii Gaudium* “En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros»” (120).

23. No pocos de vosotros pensaréis (yo también así lo creo) que nos ha tocado un tiempo complicado para vivir y anunciar la fe. En nuestra vieja Europa cada vez es mayor el desprecio y, peor aún, la indiferencia ante la fe y ante quienes la profesamos; proliferan las iniciativas, públicas y privadas, que abiertamente buscan eliminar de la esfera pública valores promovidos por la Iglesia a la luz del Evangelio durante siglos; somos claramente una minoría

y hemos de reconocerlo. Sin embargo, la pregunta que hemos de hacernos es ¿cuándo ha sido fácil seguir a Jesucristo y evangelizar? Basta con pensar en los primeros cristianos, perseguidos, como lo siguen siendo hermanos nuestros en el día de hoy en distintos lugares del planeta; o en las innumerables dificultades de los misioneros que recorrieron territorios ignotos para llevar la Buena Noticia a civilizaciones enteras radicalmente distintas a la nuestra, como continúan haciendo hoy en día; o en la marginación, exclusión y rechazo social que han sufrido y sufren durante sus vidas no pocos cristianos por el simple hecho de creer en Jesucristo. Siempre ha sido así. El propio Señor lo advierte a sus discípulos en muchas ocasiones. Pero hemos de confiar: “En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo” (Juan 16, 33). **Somos minoría, sí, pero llamados a ser**, en expresión de Benedicto XVI, **minorías creativas**, que impacten en la sociedad. Dios actúa así constantemente: escogiendo a unos pocos para revelarse a todos. Es por ello que me gusta afirmar, con San Agustín, que no existen tiempos buenos ni tiempos malos; existen los tiempos que a cada uno nos toca vivir y hemos de vivirlos siempre en el presente, desde Dios, porque en ello consiste santificarse. **A nosotros nos corresponde, en el hoy y en el ahora, transformar el mundo según el corazón de Cristo, porque él nos ha confiado esta misión.**

“Yo soy una misión”, nos dice el Papa Francisco. Nos corresponde actualizar el mandato del Señor de ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio en el momento presente. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Y se sirve de nosotros, también, y muy particularmente, de los fieles laicos, para cumplir ese deseo. Estas palabras también van dirigidas a vosotros, queridos jóvenes, que sois “el ahora de Dios”. De la misma manera en que Cristo hace nuevas todas las cosas, vuestra presencia en la Iglesia y vuestro testimonio en el mundo poseen una fuerza regeneradora insustituible. Vosotros sois capaces de crear nuevas formas de misión y de testimoniar con frescura la fe en el Señor.

24. Por tanto, no lo dudemos. Salgamos de nosotros mismos y de nuestras comunidades para anunciar explícitamente a Jesucristo, acompañar a los hombres y mujeres de hoy en sus anhelos y necesidades, profundizar en nuestro encuentro con Él y contribuir a cambiar la realidad de las cosas. Esa es nuestra misión; esa es, queridos fieles laicos, vuestra misión. De forma muy expresiva nos lo indicaba el Papa Francisco en su Mensaje a los participantes en el Congreso de Laicos: “no tengan miedo de patear las calles, de entrar en cada rincón de la sociedad, de llegar hasta los límites de la ciudad, de tocar las heridas de nuestra gente... esta es la Iglesia de Dios, que se arremanga para salir al encuentro del otro, sin juzgarlo, sin condenarlo, sino tendiéndole la

mano, para sostenerlo, animarlo o, simplemente, para acompañarlo en su vida. Que el mandato del Señor resuene siempre en ustedes: «Vayan y prediquen el Evangelio»».

25. Iglesia en Salida. Ese fue el lema principal del Congreso de Laicos organizado por la Conferencia Episcopal Española que ha impactado fuertemente en la Iglesia que peregrina en España con el objetivo de dinamizar el laicado y de ayudar a todo el Pueblo de Dios a crecer en comunión. Un acontecimiento histórico que está dando mucho fruto y respecto del cual no podemos permanecer al margen. Nuestra Archidiócesis de Toledo ha de interiorizar lo propuesto en el mismo. Las 28 personas que participaron en él en representación de todos nosotros tienen un papel primordial consistente en ser puente entre lo vivido en el Congreso y su aplicación práctica en nuestras comunidades eclesiales. Las diferentes delegaciones y secretariados diocesanos que trabajan especialmente en el ámbito laical (Apostolado Seglar, Familia y Vida, Adolescencia y Juventud, Pastoral Universitaria, Tercera Edad, Hermandades y Cofradías, Catequesis, Nueva Evangelización, Catecumenado, Enseñanza, Misiones, Pastoral de la Salud, Pastoral de Migraciones, entre otras) deben incorporar las propuestas del Congreso en sus líneas de acción y dejar iluminar sus iniciativas por ellas. Así lo hemos hecho los Obispos desde la propia Conferencia Episcopal Española en las Orientaciones Pastorales 2021-2025.

26. Durante el proceso vivido con motivo del mismo, se identificaron **cuatro itinerarios** o retos que nos pueden servir para centrar nuestras acciones pastorales, tanto a nivel diocesano como a nivel parroquial. Efectivamente, **primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública** son en cierto sentido el camino que recorreremos los creyentes –y, en particular, los fieles laicos– en nuestra vida de fe y, al mismo tiempo, concretan la misión que tenemos encomendada como Iglesia. Descubrimos a Cristo por el anuncio que nos hacen quienes están a nuestro lado (nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros catequistas, nuestros sacerdotes, personas con las que nos hemos encontrado a lo largo de nuestra vida); damos nuestros primeros pasos en la fe de la mano de esas personas, que a modo de hermanos mayores nos ayudan a descubrir la grandeza del tesoro que hemos recibido por el bautismo; ello nos conduce a profundizar en los misterios de la fe que profesamos, formándonos para conocer más y mejor a Cristo y poder dar razones de él a los demás; con naturalidad, no solo compartimos la fe con aquellas personas que forman parte de nuestra existencia, sino que, iluminados por ella, tratamos de mejorar el mundo en el que vivimos como expresión de la Caridad a la que Cristo nos urge.

27. Estos retos han de abordarse de la mano de **dos claves** –que bien pueden ser calificadas de ejes espirituales–, que se aplicaron con éxito a la hora de poner en práctica el proceso: **sinodalidad y discernimiento**. La sinodalidad es un modo de ser y actuar de la Iglesia. Lejos de cómo se presenta en algunas ocasiones, no es una moda actual pasajera, sino que la Iglesia, desde sus orígenes, ha actuado con esta clave sinodal. Exige que todo el Pueblo de Dios se implique, cada uno según su condición y su propia vocación, en la vida de la Iglesia, en comunión. El discernimiento es una actitud interior, personal y comunitaria, que supone mirar la realidad desde los ojos de Dios, abrir mente y corazón para dejarse iluminar por su Espíritu a la hora de decidir y actuar. La unión de ambos es camino seguro para avanzar hacia el ideal que Dios mismo nos propone en nuestras vidas y para nuestras comunidades.

28. Como señalamos los Obispos en el documento que contiene las orientaciones pastorales para los próximos años, “el camino de preparación del Congreso de laicos y su realización han sido experimentados como un *kairós* para impulsar un Pueblo de Dios en salida”. El Congreso no era un fin en sí mismo, sino el pistoletazo de salida de un nuevo camino que queremos recorrer juntos. Por eso os hago a todos **una petición**: trabajemos el documento que, con el título “Nuevos frutos para el Congreso de Laicos”, constituye una herramienta útil para aplicar la Guía de Trabajo del Postcongreso, en la que se incluyen todas las propuestas planteadas por los congresistas en torno a los cuatro itinerarios, puesto que –estoy convencido de ello– ayudará a nuestras comunidades a avanzar hacia el ideal de ser Iglesia en salida al que nos anima el Papa Francisco.

En nuestra Archidiócesis crearemos un Equipo de Trabajo, coordinado por la Delegación de Apostolado Seglar, con presencia de congresistas de Toledo, Delegados y directores de Secretariado, sacerdotes, religiosos y laicos, que impulsará y animará estos trabajos. Confiad en ellos y sus propuestas. Abrid espacios en vuestros grupos parroquiales, asociaciones y movimientos para reflexionar sobre cómo están nuestras respectivas comunidades en relación con los cuatro itinerarios citados, qué vemos que nos falta, qué hemos de potenciar. Es una forma concreta y realista de llevar a cabo un ejercicio de discernimiento sinodal que, además, contribuirá eficazmente a ir preparando el camino de nuestro sínodo diocesano.

29. El reto es apasionante. Y esperanzador. Para afrontarlo, **necesitamos testigos**. Dios se sirve de personas que, por su especial carisma, derrochan pasión por Jesucristo y por su Iglesia. No puedo no recordar, al escribir estas palabras, a nuestro querido Pepe Rincón, una de las figuras más fecundas y entregadas del apostolado seglar en España, un seglar en comunión plena

con el papa y los Obispos y con una gran formación espiritual, un referente de lo que significa hoy y siempre la vocación laical. Así lo definí en mi mensaje pastoral con motivo de la Solemnidad de Pentecostés, Día del Apostolado Seglar y de la Acción Católica, de este año 2021. Gracias a Dios, no faltan personas en nuestras Parroquias, en nuestros movimientos y asociaciones, en nuestra Archidiócesis, que tratan de vivir la santidad de manera ejemplar. Son, en expresión del Papa Francisco, “los santos de la puerta de al lado” (GE, 6). Estas personas no surgen de la nada. Constituyen la prueba patente de que el Espíritu Santo derrocha santidad por todas partes, pero también son el fruto de la labor realizada en ellos por hermanos mayores, por sacerdotes que saben acompañarlos, por la comunidad a la que pertenecen. Potenciamos estos testimonios, ciertamente estimulantes, porque cada persona que trata de ser fiel al Evangelio es motivo de esperanza para todos, creyentes y no creyentes.

4. UN PROYECTO PASTORAL ILUMINADO POR LA PALABRA

30. En el corazón de esta Carta Pastoral, quiero compartir con vosotros una breve meditación personal a propósito de uno de los pasajes del Evangelio que considero más indicado para hablar del camino que implica la vocación laical en el contexto de los cuatro itinerarios marcados por el Congreso de Laicos: Emaús (Lc 24). Creo que puede ayudarnos a contextualizar los retos que planteo en esta Carta y, más en general, a animaros en la vivencia de vuestra vocación laical. Leamos pausadamente la Palabra de Dios.

¹³Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; ¹⁴iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. ¹⁵Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. ¹⁷Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. ¹⁸Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». ¹⁹Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; ²⁰cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. ²¹Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. ²²Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, ²³y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de

ángeles, que dicen que está vivo. ²⁴Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». ²⁵Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ²⁶¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». ²⁷Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. ²⁸Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; ²⁹pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. ³⁰Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. ³¹A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. ³²Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». ³³Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, ³⁴que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». ³⁵Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

4.1. El anuncio que Jesús hace de sí mismo explicando las escrituras

Aquel mismo día dos de ellos iban caminando...

31. Son dos discípulos, **dos laicos**. Han caminado con Jesús y ahora se encuentran con el escándalo de la cruz. Es el camino que recorren todos los decepcionados, desilusionados y desanimados, las personas que viven en este momento en su corazón una profunda crisis de identidad. No está el horno para bollos. Han salido del cenáculo, donde han dejado afectiva y efectivamente la comunión con la comunidad eclesial. En el fondo es un sálvese el que pueda. Su caminar es lento, no saben a dónde ir. Se ponen a andar, sin saber dónde les llevará el camino. En su profunda soledad no saben dónde se encuentra la meta. Quizás ni siquiera les importa; es como una soledad compartida. Es un camino que está lleno de sorpresas. Se han roto todos sus sueños. No saben que nunca estamos más solos que cuando rompemos con el Señor del cenáculo y con los hermanos. Su soledad no es consecuencia de lo ocurrido en Jerusalén durante la Pascua, sino de cómo lo han vivido ellos personalmente.

...a una aldea llamada Emaús...

32. **Emaús es un camino siempre actual**, que se repite siglo tras siglo en todos los cristianos. Nuestra profunda vocación laical de anunciar a

Cristo no tendrá fecundidad si no descubrimos que camina con nosotros, a nuestro lado, que sigue con nosotros. Jesús de Nazaret nunca nos abandona, pues, como decía San Juan de la Cruz, su mayor presencia es su aparente ausencia. El Resucitado, Cristo que vive ahora y para siempre, no se ha ido de nosotros, no se ha evaporado su humanidad. Camina al lado de todos los que se sienten desamparados, de cuantos “están huyendo”, de aquellos que dicen que hay que retirarse donde sea y como sea. La salida es en falso, pues con ella se apartan de la comunión eclesial. No están cumpliendo una misión encomendada, sino emprendiendo una huida, una estampida sin esperanza. Se percibe claramente que Emaús es un camino habitual cuando perdemos de vista a Jesús que camina con nosotros.

...distante de Jerusalén unos sesenta estadios.

33. Desconectarse del cenáculo, de la unión con Jesucristo Resucitado presente en la Eucaristía, en la sucesión apostólica, en la comunión con Pedro, en el lavatorio de los pies donde se hace el servicio, estilo de la vida cristiana, el amor fraterno, es muy peligroso, porque sabemos dónde empezamos, pero desconocemos cómo podemos terminar. Nunca hay que distanciarse de Jerusalén, del Cenáculo, donde acontece el misterio central de nuestra fe, de Cristo muerto y resucitado. Hay que **acercarse a Jerusalén** y vivir de lo que brota del Cenáculo si queremos luego ser una Iglesia en salida. “Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me pegue la lengua al paladar...”, si me olvido de ti. Nada hay más fecundo y más sano que volver a la memoria agradecida. Se olvidan porque la cruz les pesa y no quieren sufrir y huyen del Cenáculo, del Resucitado.

*Iban conversando entre ellos
de todo lo que había sucedido.*

34. Ser laico en el mundo, ser cristiano en la Iglesia, para la vida del mundo, es llevar en el corazón a Cristo y contárselo a toda la gente, con un estilo de vida sencillo y abierto, dialogante y cercano, sobre todo cuando descubrimos que Él camina con nosotros. Tenemos que **ver la realidad con los ojos de Dios**; si no lo hacemos así, nos hundimos. Es lo que ocurre en ocasiones en muchas de nuestras asociaciones laicales y con muchos laicos y laicas de nuestras parroquias, que conversan sobre lo que sucedió y ha sucedido, pero les falta la esperanza para verlo todo como “signo de los tiempos”, como una oportunidad que el Señor nos ofrece para crecer en el conocimiento y en el Amor de Dios que se ha venido a vivir nuestra vida para que nosotros vivamos su vida nueva. Su misma vida de gracia en nosotros.

Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos...

35. A veces se ha acusado a los laicos en nuestras diócesis de tener una actitud excesivamente crítica con la vida de la Iglesia. Así debe ser, siempre que nos mueva el amor hacia la Iglesia y el deseo de hacer de ella “un vivo testimonio de verdad y libertad, de paz y justicia, para que todos los hombres se animen con una nueva esperanza” (Plegaria Eucarística para las misas por diversas circunstancias n. IV). Ello nos ayuda a recordar que **la Iglesia**, que somos todos los bautizados, **siempre tiene que renovarse para ser más fiel al Señor**.

Comienzan a caminar y discuten ¿Quién se presenta y se pone en medio? Siempre está Jesús en medio de nosotros, en medio de su pueblo. Hemos de entenderlo: cuando es Jesús quien vive en medio, a pesar de las tensiones y dificultades para crecer y desarrollarse, acaban encontrándose soluciones. Incluso cuando hay algo que no tiene solución, dejarlo todo en sus manos nos ayuda a vivirlo con paz. No somos Dios y siempre debemos de “saber esperar”, como decía el Hermano Rafael.

...pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

36. Tenemos que saber **reconocer la presencia de Dios en nuestra sociedad** en medio de la situación que vivimos de crisis generalizada. Los ojos de nuestros hermanos viven en la tristeza de quien no reconoce al Señor en medio de nosotros y en el horizonte de nuestras vidas. Los laicos son la expresión de la Iglesia que vive la secularidad con la mirada de Dios. ¿Por qué nos cuesta tanto reconocer con ojos de fe la presencia del Señor en la vida y en la historia?

Es bueno que hagamos un esfuerzo para vivir como laicos capaces de reconocer la presencia del Señor en una realidad complicada. Jesús sigue presente, aunque no se le reconozca en el mundo de la familia, en la comunidad política y social, en los medios de comunicación, en la vida pública.

Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

37. A Jesús le interesa la gente. Ama a cada persona que vive en medio de esta jungla que es nuestra sociedad. **Todo lo humano es digno de ser vivido**, porque todo lo ha vivido y lo quiere vivir Cristo en nosotros. Jesús va al grano, no se anda por las ramas ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? Jesús se fija en lo pequeño, en lo concreto, entra hasta el fondo. Dime qué te pasa, dime lo que os pasa. No tengáis miedo de

comentar entre vosotros y compartir con Él lo que ocurre dentro del mundo y de cada corazón. Tenemos que aspirar a descubrir en el camino de la vida la presencia de Jesús, impidiendo que su humanidad se esfume ante las dificultades y problemas de la vida. Es necesario descubrir sus huellas y su presencia en medio de nosotros.

Ellos se detuvieron con aire entristecido...

38. La tristeza es la patria de los que no descubren que Jesús camina con nosotros, en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestra sociedad, en nuestras calles, en nuestras reuniones, en nuestros movimientos. A veces encuentro en nuestras realidades a cristianos con mucha tristeza, que quizás brota del aparente fracaso de un mundo que parece pasar de todo lo cristiano y religioso.

Hemos de ser capaces de **recuperar la alegría**, fruto del Espíritu, que debe ser nuestra meta en un mundo que, cuanto más se aleja de Dios y del Evangelio, más se encierra en una tristeza de muerte. Hoy todo es cultura de la muerte: aborto, eutanasia, suicidio... Nuestra sociedad llena de dificultades y problemas, hace que estemos en un mundo que agoniza de tristeza y de muerte, porque sólo se construye desde la civilización de la muerte y no desde la civilización de la vida. En la apuesta por la cultura de la vida todo el laicado tiene que estar implicado.

*...y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:
«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes
lo que ha pasado allí estos días?»*

39. No gusta la claridad del Evangelio, que Jesús “toque” nuestras comodidades y mediocridades. ¿Qué ha pasado? Fijaros si Jesús no sabía las cosas que habían ocurrido en Jerusalén... ¡lo había sufrido en su propia carne!

Es el Amor que da la vida. Es la entrega total que ellos no comprenden. Precisamente “su escándalo” es la mayor declaración de Amor de Dios hacia ellos y nosotros. Les ha dicho con su vida, pasión, muerte y resurrección que ama a este mundo y a esta gente

La cruz provoca un escándalo en su corazón que no son capaces de digerir. No entienden que, lejos de sentir desolación, han de experimentar alegría, porque muriendo en la cruz les ha dicho que les ama. En el fondo, tenemos el peligro de ser aplastados por la situación en que vivimos. Nos puede hacer mucho daño lo que algunos llaman “el silencio de Dios”. Hay que **traer a la memoria la entrega de Cristo a la humanidad**, que está llena de tristeza y sin salida, para ayudar a que los hombres y mujeres de hoy descubran la manifestación de amor que hay en ella.

Él les dijo: «¿Qué?»

40. Me parece de una inmensa sabiduría para el laicado y signo de madurez en la vida el saber relativizar muchas cosas. A veces poner el “¿Qué?” es muy sano. Este relativismo bueno es del que debe partir el laicado para vivir desde el Evangelio lo absoluto de Dios. Con una sana relativización de muchas cosas, que a veces aparecen y desaparecen como una tormenta de verano: después de amenazas que nos asustan, la realidad es que se va esfumando y no era así, como pensábamos.

Tenemos que pedirle insistentemente a Jesús que nos explique, desde su Amor revelado, cómo debemos afrontar todas las realidades que vivimos y que a veces nos desbordan.

Es necesario **saber relativizar las cosas**, como hace Jesús. Hay muchas realidades que nos presionan y que podemos vivir desde el Señor, al “aire” de Jesús, y desde una profunda comunión con los proyectos de su Corazón.

Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo...»

41. Proclaman bien el Kerigma. Todavía incompleto, pero partiendo de la realidad. Les faltaba, sin embargo, el ardor y la frescura de aquél que sabe de quién se ha fiado. Responden de una manera cierta, pero insuficiente, quién es Jesús como Redentor del hombre.

Llevan su recuerdo dentro de ellos, pero la tristeza les hace portar como “un cadáver en el corazón” que no les deja vivir. Su vida es un sin vivir, porque viven una historia inacabada en su corazón. Se han quedado en la parte primera, pero todavía no han comprendido que **Cristo Vive**: dentro del Jesús de las raíces de Nazaret, y del profeta, poderoso de Dios y ante el pueblo. Como laicos, tenemos que proclamar el Kerigma completo, sin mutilarlo, que habla de muerte y resurrección, no de parcialidades. Aquél al que enterraron el viernes santo es el Resucitado que sigue caminando por los caminos de la vida y nos busca.

...cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte y lo crucificaron

42. La cruz en la vida de los laicos, en el mundo de la familia, del trabajo, de lo social, de lo político, forma parte del pan nuestro de cada día. Aunque a lo largo de todo el camino han ido dialogando, ahora es cuando sacan la más importante de las cartas de la baraja y la ponen sobre la mesa: el escándalo de la cruz. Cuando nos muestran la cruz, nosotros y nuestra gente entramos

en crisis y no somos capaces de integrarla en nuestra vocación laical. **Seguir a Jesús hasta el final también pasa por el escándalo de la cruz** que acontece en nuestras vidas, asociaciones, movimientos, comunidades laicales; que experimentamos cuando llega el cansancio y el desánimo y que solo vencemos atravesando la cruz hacia la resurrección, porque descubrimos su presencia, que no nos ha dejado de la mano ni un solo momento.

Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel...

43. Esta es la palabra que dicen a lo largo de la historia y es la que predomina en todos –también nosotros– los que viven desilusionados, desarmados y desalentados de la vida.

Nosotros esperábamos. Es la percepción que puede marcar una vida, una asociación, una comunidad; lo más grave es que nos lleva a vivir en el desencanto de la vida y nos instalamos en la queja y no en el agradecimiento.

La vocación laical ha de vivirse con exigencia para ser sal de la tierra y luz del mundo. En medio de una sociedad que vive con tantas quejas y decepciones nos cuesta ver que no está lejos de nuestra vida. Somos peregrinos, caminantes; Él se une a nosotros y hace que nuestro corazón “arda” con todas las consecuencias.

...pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió.

44. La decepción y desilusión es que, teniendo a Jesús enfrente, delante de sus narices, no saben reconocerlo ¡Es más que necesario que los laicos descubráis que Jesús Resucitado camina con vosotros! Todos hemos de descubrirlo. ¡Es verdad también que no lo tenemos fácil! Puede darse ese “estamos en el tercer día”, que nos impide ver y descubrir que el Resucitado camina con nosotros y que estará siempre con nosotros hasta el final de los tiempos. No es necesario el que una y otra vez volvamos a una realidad que nos aplasta, porque no vemos “signos” de su presencia. Sin embargo, el laicado está llamado a **descubrir la presencia de Jesús en medio de un mundo siempre en crisis.**

Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro...

45. Quieren volar, pero, como pajarillos encadenados, dan un vuelo bajo, para volver al suelo de sus decepciones. Hablan de mujeres. Tan necesarias en la evangelización en coherencia con su vocación laical. Están siempre allí donde se huele a vida, como buscando al Resucitado en medio de la

cultura de la muerte. Es la mujer la que está presente en los momentos más claves e importantes de la vida, desde la concepción hasta la muerte natural. Donde nos jugamos la vida, las mujeres alientan con su trabajo y su vida la esperanza.

No podemos hacer una evangelización en clave laical sin la presencia y sin la labor de la mujer, que, por su creatividad, encuentra esperanza en las dificultades y se propone superarlas por su entrega y por su vida, siempre al servicio en favor de la Vida, de los más pobres y desfavorecidos, contribuyendo a crear una humanidad nueva.

...y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo.

46. Su ausencia, la falta de la presencia corporal, de no “ver” su cuerpo, les hace volver a una gran tristeza y desánimo. Los laicos deben visibilizar la presencia discreta, pero eficaz, de Jesús caminando en medio de nosotros. **El Resucitado quiere hacerse presente en medio del mundo y no tiene más que nuestros ojos, nuestras manos, nuestros oídos.** Ha querido precisar de nosotros para ofrecer al mundo signos del Dios Vivo, del Resucitado, que camina a nuestro lado, aunque nos cueste en no pocas ocasiones descubrirlo.

Cuando estamos decepcionados echamos balones fuera. Es necesario descubrir una y otra vez que el sepulcro está vacío y nos remite a buscar a Jesús entre los vivos. No busquéis entre los muertos el que vive en la vida de cada ser humano y quiere ser invitado a vivir en el dolor y la fiesta de la vida.

Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.

47. Para Lucas, las mujeres son siempre testigos veraces del Resucitado en la vida. No sólo saben estar, sino que lo hacen de una manera valiente y veraz. Nunca se podrá hacer la evangelización sin el papel de la mujer, como expresión de la ternura, de la acogida, y de la creatividad de la Iglesia. Es necesario que el laicado en la Iglesia exprese la complementariedad y el mirar juntos, si queremos una evangelización más fecunda y eficaz.

El camino que conduce a Emaús es **un camino que tenemos que recorrer juntos todo el Pueblo de Dios**, sabiendo que la meta es Jesucristo, quien nos lleva a una Iglesia en salida hacia los que viven en todas las periferias. Caminemos juntos, o no llegaremos a nada y nos quedaremos en la cuneta de los caminos.

Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas».

48. Nuestro apostolado, a veces por falta de un profundo conocimiento del Amor de Dios en la vida y por una formación deficitaria, hace que no sepamos afrontar los retos que nos plantea nuestro mundo. También que no respondamos a lo que se nos pregunta o no seamos capaces de suscitar las grandes preguntas permanentes en el corazón humano, aunque estén un poco ocultas bajo tierra.

“Necios y torpes” son aquellos que no son capaces de vivir por Cristo, con Él y en Él, para ofrecer una respuesta a los que no saben cómo dar respuesta a los grandes interrogantes de la vida cristiana en una sociedad que parece ignorar y poner contra la pared todo lo que significa creer en Dios.

Hemos de ser capaces de **recordar “memoriosos” lo que nos ha dicho el Señor**, que constituye una auténtica salida a lo que nos agobia cuando no sabemos cómo hincarle el diente. Ser “memoriosos”, nos recuerda el Papa Francisco, es acertar en un mundo desmemoriado, que vive sin memoria y sin esperanza.

¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?”

49. Ante el “nosotros esperábamos” de los decepcionados, el Señor Resucitado responde: **“Era necesario”**. Todo lo que nos ocurre en nuestra vida, en nuestra historia, es para el bien de los que aman. Esta vida no es una trampa. Es un camino a recorrer desde la cruz hasta la alegría de la resurrección. Es necesario que descubramos la resurrección en medio de tantas realidades de muerte y dolor. La reconciliación, partiendo del “nosotros esperábamos”, nos lanza a vivir el “era necesario”.

Tenemos que borrar de nuestra historia el “nosotros esperábamos” y escribir en ella el “era necesario” para, como laicos, vivir creciendo por dentro para servir por fuera. Un laicado que se queda en la decepción y no comprende que a los que aman a Dios todo les sirve para su bien no tiene mucho futuro.

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

50. Una buena formación en el laicado exige **aterrizar en la vida desde la Historia de la Salvación**. El laicado debe hacer una teología para la vida, partiendo siempre de una buena formación, porque, como decía San Juan Pablo II en Granada durante su visita a España en 1982, “hay que potenciar la

educación en la fe (...) acompañando y promoviendo el crecimiento en la fe del cristiano durante toda la vida. Porque una «minoría de edad» cristiana y eclesial, no puede soportar las embestidas de una sociedad crecientemente secularizada”.

El laico debe vivir la vida en familia y en sociedad y saber explicarla a la luz de su Palabra. Es Cristo, la Palabra encarnada, quien explica nuestra vida a la luz de su Corazón Misericordioso, que nos lleva a vivirlo todo con entrañas de misericordia y reconciliación. ¡Explícanos, Señor, toda la Escritura a la luz de la Vida y de tu corazón resucitado y abierto!

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando...

51. Jesús es la libertad y nos conduce en libertad. No nos impone nada. Nos ofrece llegar hasta el final, pero no quiere imponerse. Nos deja libres hasta el final. Jesús disimula, quiere quedarse, pero desea que sean ellos quienes lo pidan. Es la mayor declaración de Amor y de libertad. El “simulo” es la actitud del Corazón de Jesús, que quiere quedarse, pero no quiere imponerse. Jesús ha caminado siempre con nosotros, reconocerlo es nuestra alegría y nuestro gozo. Es siempre vivir en la convicción de que su Amor ha caminado, camina y caminará con nosotros, en todas las realidades seculares y en todas las dificultades de la vida.

...pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”.

52. Es la hora del laicado cuando se vive en la exigencia del “Quédate con nosotros”. En todos los atardeceres, en todos los momentos complicados de la vida, sabemos que Él se queda con nosotros. Nunca se cansará de estar con nosotros y a nuestro lado. La oración, el anuncio, la formación del laico es quédate con nosotros porque el día está declinando. Es necesario volver una y otra vez al gozo de saber que cuando le llamamos, sin lugar a dudas, se queda con nosotros, en la familia, en el trabajo, en lo político, en lo social... Todo se vive desde la alegría y el gozo de que el Señor se queda con nosotros.

Y entró para quedarse con ellos.

53. Esta es la mejor noticia de toda la Revelación cristiana, que los laicos deben acoger en las entrañas de este mundo: “tanto ha amado Dios que le ha entregado a su Hijo Único (Jn. 3)”. Vino a quedarse con nosotros y en los gozos y en las esperanzas de la gente. Esa es la profunda vocación del laico cristiano;

así ha de vivirse la vocación laical: **el Señor está en cualquier situación para quedarse con nosotros**. No se aleja, se acerca. Es necesario recordar que el Señor, cuando se le invita y se le insiste, está en todas nuestras realidades y circunstancias para que pueda cumplir que su dedicación es vivir con “los hijos de los hombres”. El Señor es el Emmanuel, el Dios con nosotros y para nosotros. Está para quedarse con ellos. Es vocación del laico ser presencia de Cristo y de su Iglesia para la evangelización. Tenemos que orar, formarnos y vivir para ser en el pueblo, en la ciudad, en el mundo, capaces de experimentar el gozo de la vocación laical.

Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando...

54. La vocación laical comprometida no puede vivirse plenamente sin sentarse a la mesa de la Eucaristía, sin la celebración, la comunión y la adoración para ser testigos del Dios Vivo en el mundo. No existe un laicado comprometido y en salida sin la centralidad de la Eucaristía.

Cuando vivimos la Eucaristía y “partimos el pan” estalla el Espíritu Santo en nuestros ojos y nos ayuda a vivir con ojos creyentes la realidad de nuestra vida. Solo en la medida en que el laicado descubre una profunda espiritualidad eucarística, orada y vivida en la Iglesia para la vida del mundo, seremos capaces de transformar el mundo según el Corazón de Dios para poder reconocerle al “partir el pan”.

El Espíritu Santo, con su luz, estalló en los ojos de aquellos dos de Emaús que, sentados a la mesa, le reconocen al partir el pan... y desde entonces es necesario vivir la pasión por el Resucitado en la Eucaristía, porque somos Iglesia en salida, para la transformación del mundo, según el Corazón de Dios.

6. CONCLUSIÓN

55. He manifestado en reiteradas ocasiones mi interés como Arzobispo por mantener aquello que funciona. **Renovación en continuidad** es, en cierto sentido, el principio orientador de mis decisiones como Pastor. En este sentido, veo oportuno seguir impulsando la dinámica de funcionamiento pastoral centrada en tres grandes encuentros diocesanos –la Jornada de Inicio de Curso, las Jornadas de Pastoral y la Jornada de Fin de Curso– que nos congregan a todos y nos ayudan a vivir la comunión. Para mí estos encuentros son fundamentales, porque actúan como puente entre lo parroquial y lo diocesano, entre las comunidades eclesiales y la Archidiócesis y, al mismo tiempo, permiten generar comunión desde el respeto a las dinámicas propias de cada realidad.

Me gustaría exhortaros vivamente a participar en ellos a lo largo del curso. Constituyen una oportunidad excelente para seguir conociéndonos y acompañándonos, para compartir la alegría de la fe, para renovar fuerzas y pasión por evangelizar. Fijemos desde ya en nuestros calendarios los días 25 de septiembre de 2021; 7, 8 y 9 de enero de 2022; y 4 de junio de 2022.

56. En este mismo sentido, os pido que aprovechéis las diferentes actividades que ofrecen las delegaciones y secretariados diocesanos, siempre oportunas y sugerentes. Ciertamente, no todos podemos estar en todo; pero sí resulta posible que nuestras comunidades parroquiales, asociaciones y movimientos se hagan presentes en ellas a través de algunos de sus miembros, en función de sus diferentes ámbitos de compromiso, de modo tal que existan vasos comunicantes que nos ayuden a enriquecernos mutuamente. La visita pastoral que comenzaré constituirá también un momento importante para crear comunión.

En particular, quiero destacar las diferentes actividades que se proponen con motivo del Año “Familia Amoris Laetitia” de las que os he hablado en mi mensaje pastoral “El Amor Familiar: Vocación y Camino de Santidad”: los encuentros con familias por Vicarías y la Semana del Matrimonio, que se desarrollará del 14 al 20 de febrero de 2020. También, las diferentes actividades que, relacionadas con el Postcongreso de Laicos, impulsará este año la Delegación de Apostolado Seglar a través del Equipo de Trabajo del Postcongreso de nuestra Archidiócesis, con diferentes encuentros formativos y de reflexión para continuar avanzando juntos en los cuatro itinerarios y poniendo en práctica de forma comunitaria la sinodalidad y el discernimiento. Todo ello, sin olvidar nuestro Año Santo Guadalupense, que nos permite encontrarnos con María; caminar juntos al encuentro de nuestra Madre es garantía de fidelidad a Cristo y comunión eclesial.

Todos somos Diócesis: niños, jóvenes, adultos; sacerdotes, laicos y laicas, personas consagradas; parroquias y arciprestazgos; asociaciones y movimientos; familias, ancianos, enfermos. Todos. Porque todos estamos llamados a construir juntos el sueño del Señor de hacerse presente en el camino los hombres y mujeres de hoy; en definitiva, a ser familia. Esa es la clave, que podemos expresar con las palabras del Papa Francisco, en una lectura extensiva de las mismas: “querer formar una familia es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con él, es animarse a construir con él, es animarse a jugarse con él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo” (*Amoris Laetitia*, 321).

57. El pasaje de Emaús no termina con la escena de los dos discípulos que se habían encontrado con el Señor compartiendo con sus hermanos en la fe

lo que acababan de vivir. Ciertamente, ese testimonio de fe, vivo, real, era ilusionante y esperanzador para los discípulos de Jesús: empezaba a confirmar lo que algunas mujeres habían dicho y a dar sentido a la imagen de la tumba vacía que Pedro y Juan habían contemplado. Pero resultaba insuficiente. Es en ese momento, cuando están comentando lo experimentado en el camino de Emaús, cuando aparece el Señor: *“Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros»*”. Sin embargo, lejos de alegrarse y correr a abrazarlo, esa presencia aumentó su miedo y su desconfianza. Tanto, que Jesús se vio obligado a explicar una vez más, con infinita paciencia, que todo había ocurrido para que se cumplieran las escrituras. Incluso les dio más pruebas: les mostró las manos y los pies traspasados por los clavos de la cruz y comió delante de ellos. Pero seguía siendo insuficiente. *“⁴⁵Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras”*. Ahí cambia todo. Habían vuelto a ver a Jesús, estaban escuchando de nuevo su voz y compartiendo una vez más la mesa, como en la Última Cena. Podían contemplar con sus propios ojos las heridas de manos y pies. Pero no lo comprenden todo hasta que el Señor no actúa en ellos, hasta que no se encuentran personalmente con Él. Ahora sí. Era Él. Es Él, que se sigue mostrando a cada uno de nosotros de múltiples formas y maneras. Nos bendice y nos pide, como pidió a sus discípulos, que recibamos el Espíritu Santo, que nos dejemos iluminar por Él, que hagamos Pentecostés realidad en nuestra vida. *“⁵²Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; ⁵³y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios”*.

58. Queridos hermanos: El Señor es nuestra fuerza, nuestra alegría, nuestra guía, nuestra meta. **Él nos ha elegido, os ha elegido a vosotros, fieles laicos, para llevar a cabo la misión de la Iglesia en el tiempo de hoy.** Confía en vosotros, espera mucho de vosotros. Dejaos iluminar por su Espíritu para descubrir la vocación a la que habéis sido llamados. Participad activamente en vuestras comunidades, porque es mucho lo que podéis aportar. Pero no os autorrecluyáis en ellas; salid, salid al encuentro de los hombres y mujeres de hoy, que necesitan de vuestro testimonio y de la alegría que portáis con vosotros.

Esa es mi fuerza y mi esperanza. Confío en vosotros.

ORACION FINAL

Los sueños se construyen juntos

Padre, gracias por darnos a tu hijo Amado, Jesús,
que, nacido de María Virgen,

vivió en medio de una humanidad herida
y que nos lanza a vivir y salir al mundo,
sabiendo que los sueños se construyen juntos,
para cambiar nuestra tierra,
que agoniza de tristeza,
cuando tú, Señor, no caminas a nuestro lado.

Toledo, 8 de septiembre de 2021
Fiesta de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María

* * *

Carta pastoral

**«LE HABLARÉ AL CORAZÓN»
(Os 2, 16)**

Sobre la pastoral vocacional

*A todos los sacerdotes y seminaristas,
a los miembros de la vida consagrada,
a las familias, a los jóvenes
y a los fieles laicos de nuestra archidiócesis*

I. INTRODUCCIÓN

1. «*Le hablaré al corazón*» (Os 2, 16). He querido recurrir al profeta Oseas para dar título a esta Carta pastoral porque en estas palabras veo reflejado el comienzo, el sentido y el apoyo de toda vocación, particularmente, la vocación sacerdotal: todo pasa por ese diálogo de amor por el que Dios habla y toca el corazón humano. Su palabra llega a nosotros envuelta en misericordia y gracia. Y en ese encuentro entre el Corazón de Cristo y el nuestro, puede surgir la respuesta a su llamada.

En varias ocasiones he tenido la oportunidad de compartir con vosotros algunas de mis experiencias en el que fue y será mi querido Seminario Diocesano de Toledo. Y os he hablado de mis formadores, profesores y directores espirituales. Tampoco os he ocultado algunos de los momentos en los que fui comprendiendo cómo Jesús me invitaba a seguirle, en particular a través de los Ejercicios Espirituales.

En el marco aún de este año dedicado a san José, Patrono de la Iglesia universal y también del Seminario, quisiera entregaros en esta Carta pastoral

algunas reflexiones que considero necesarias en el actual contexto social y diocesano, para que la vocación al ministerio sacerdotal siga siendo suscitada en toda la archidiócesis, custodiada en el Seminario y finalmente reconocida y sellada por la Iglesia a través de la sagrada ordenación. ¡Cómo no recordar a este respecto la permanente preocupación de mis predecesores hacia nuestro Seminario y hacia las vocaciones! Desde aquella histórica carta pastoral «Un Seminario nuevo y libre» del Cardenal don Marcelo González Martín en el año 1973, los esfuerzos de los arzobispos y demás instituciones diocesanas han sido tantos que nuestra archidiócesis se ha visto muy bendecida por Dios con numerosos, celosos y santos sacerdotes.

2. El misterio de toda vocación, también al sacerdocio, nos remite al **Corazón de Jesús**. En Él fuimos creados y llamados a vivir en comunión con Dios. En esto consiste la santidad, como nos enseña san Ignacio de Loyola: «*El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima.*» En el encuentro con Cristo descubrimos esta llamada básica y fundamental¹ y en el diálogo íntimo con Él se nos manifiesta el camino concreto en el que cumplirla: el sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio cristiano. Por ello, desde mi entrada en nuestra querida archidiócesis, me he esforzado en afirmar la primacía de la vida del espíritu y la necesidad que tenemos de la oración y de aprender a orar «según el Espíritu» (Judas 20).

3. La presente carta pastoral quiere centrarse en las **vocaciones al sacerdocio**, pues, cuidando éstas, cuidamos las demás. En efecto, toda la vida cristiana encuentra su «fuente y su culmen» en la Eucaristía², la cual llega a nosotros a través del ministerio de los sacerdotes, y, junto a la Eucaristía, el perdón de los pecados y todos los demás bienes de la redención de Cristo necesarios para la realización de aquella vocación fundamental a la santidad. Por eso, el sacerdocio ministerial está al servicio de todas las demás vocaciones; más aún, es necesario para la realización de todas ellas. «*Donde haya sacerdotes que cumplan bien con su misión habrá un laicado floreciente, y sin sacerdotes, de ley ordinaria, no lo habrá*»³. Por ello, promoviendo las vocaciones sacerdotales, promovemos todas las demás vocaciones. Yo mismo lo recordaba justo hace un año: «*siempre necesitamos más seminaristas para que tengamos abundantes sacerdotes con los que podamos afrontar el reto*

1 «Cristo, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Gaudium et Spes*, 22).

2 Conc. Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 11.

3 Cardenal Marcelo González Martín, «Un Seminario nuevo y libre», 5.

de la evangelización»⁴, sacerdotes que sean transparencia fiel de la bondad y del amor del Corazón de Cristo, según la acertada expresión del santo Cura de Ars: «*El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús*».

4. El **objetivo de esta Carta pastoral** es hacer una llamada a que los ojos de toda la archidiócesis se vuelvan a dirigir al Seminario para redescubrir en él el corazón a donde llega su sangre en la persona de sus niños y jóvenes y desde donde, transformados por Cristo, son enviados a todos los lugares para bombear la fuerza de la gracia que da vida y lo renueva todo. Necesitamos revitalizar el clima vocacional que siempre ha caracterizado a nuestra archidiócesis de Toledo en sus parroquias, en sus familias, en sus movimientos, en la vida consagrada.

Por ello, os invito a dar conmigo **tres pasos de manos de san José**: «escuchar», en primer lugar, los signos de los tiempos que nos toca vivir, como hizo San José; en segundo lugar, mirar con fe cómo el Señor nos está «hablando al corazón», como a san José, cuyo corazón estaba abierto siempre a Dios, incluso cuando dormía; y, por último, «actuar» juntos, sirviéndonos de todos los medios que hay al alcance para suscitar y cuidar la vocación sacerdotal, como san José, que, tras recibir la Palabra del Señor, se levantó y obedeció rápidamente a la palabra del ángel.

Nos jugamos el presente y el futuro de nuestra archidiócesis. Hay muchos y nuevos desafíos, que requieren respuestas nuevas y apasionantes. Por eso hace falta llenar el Seminario de Toledo con nuevas vocaciones. Sí, llenar el Seminario, para que en todos los pueblos y rincones no falte a nadie la gracia y el consuelo de nuestro Señor Jesucristo.

II. «ESCUCCHAR» LA REALIDAD

5. San José, según nos narran los evangelios de la infancia, mira la realidad de modo profundo y se implica decididamente en ella. Él escucha la realidad (Mt 2,22), se deja afectar por ella, la toma en su ánimo (Mt 1,20) e incluso experimenta el temor ante los desafíos que le presenta (Mt 1,20; 2,22).

También la Iglesia, que no es ajena a la realidad humana (GS 1), escucha la realidad para reconocer los signos de Dios en los tiempos y, desde la fidelidad a Él, responder a los desafíos de cada momento histórico (GS 4).

Recuerdo el Seminario de Toledo cuando yo era seminarista. Tras la memorable carta pastoral de don Marcelo, «Un Seminario nuevo y libre», y como fruto de su interés y preocupación por las vocaciones sacerdotales, se produjo un notable aumento en el número de seminaristas tanto en el Seminario Mayor como en el Menor de nuestra archidiócesis.

Desde entonces, son muchos los cambios que se han producido en la sociedad y en las familias, lo cuales influyen y condicionan actualmente, en mayor

4 Arzobispo Francisco Cerro, Carta pastoral *Consolad, consolad a mi pueblo*.

o menor grado, la capacidad de escucha, de discernimiento y de respuesta de los niños y los jóvenes.

No es el momento de ofrecer un análisis detallado y completo sobre la realidad actual, pero sí me gustaría apuntar algunos aspectos de la misma que nos ayuden posteriormente a orientar las líneas de la pastoral vocacional en nuestra archidiócesis.

Invierno demográfico

6. Un primer elemento que no podemos obviar es el progresivo y acusado descenso de la natalidad que se viene dando en España en los últimos cuarenta y cinco años, hasta convertirle en el segundo país europeo con la menor tasa de nacimientos después de Italia, según las estadísticas del año pasado. Este dato, unido a la mentalidad de fondo, influye indudablemente en el descenso de las vocaciones al sacerdocio.

Enfriamiento en la fe

7. El invierno demográfico corre parejo al proceso de secularización de nuestra sociedad y, hasta cierto punto, también al enfriamiento en la fe de nuestras comunidades cristianas. Se habla, no sin razón, de que la crisis de vocaciones en Occidente se debe a una crisis de fe. Al incremento del número de quienes se confiesan sin religión o cristianos que se dicen no practicantes, se añade la introducción de una cierta mentalidad mundana y relativista en muchos cristianos y el olvido de la vida eterna, lo cual se traduce en una merma del fervor en la vivencia cristiana, en una pérdida de empuje y de generosidad a la hora de un compromiso concreto y continuado en el tiempo, mucho más si ese compromiso es de por vida e implica a toda la vida. Puede darse el caso de que, incluso en familias cristianas, se valore la labor y la misión de los sacerdotes y se diga que entregan a Dios los hijos, pero, cuando alguno de ellos pide ingresar al Seminario o simplemente comienza a plantearse la vocación al sacerdocio, parece que cuesta que esa entrega pase al plano real, bajo las excusas de que «*el mejor Seminario es la familia*» o de que «*ya irás cuando seas mayor*». Viene a mi memoria aquella expresión de san Agustín en una de sus homilías: «*Temo al Señor que pase y no vuelva a pasar*». A menudo ocurre que cuando juzgamos que debe ser el momento, ya es demasiado tarde.

Cambios en las familias y en la educación

8. Por otra parte, hay varios factores actuales que inciden en nuestras familias y que influyen en la educación y en el modo como van configurando

sus vidas los niños y los jóvenes. En un número, desgraciadamente, cada vez más creciente, muchas de las familias sufren **procesos de separación** o de abandono de uno de los padres. Los grandes perdedores son los hijos en los que estas situaciones puede dejar profundas heridas, lagunas afectivas, inestabilidad emocional, inseguridad a la hora de tomar decisiones...

Por otra parte, los **avances científicos y técnicos** de los últimos años configuran el *modus vivendi* y el ambiente en el que nacen, crecen y son educados nuestros niños y jóvenes. Reconociendo las bondades de todo este progreso de cara a mejorar nuestras condiciones de vida, no se pueden ignorar otros aspectos menos positivos que juegan en contra de un clima donde se pueda escuchar y responder la llamada del Señor.

La **prosperidad material**, donde no falta de nada a nuestros niños y donde todo se les da casi sin la exigencia de ningún esfuerzo por su parte, va configurando su personalidad y deriva, en no pocos casos, en una tendencia a la comodidad y al capricho, a no saber valorar ni agradecer las cosas, a un planteamiento egoísta de la propia vida, a la incapacidad para negarse a uno mismo y afrontar retos que conlleven esfuerzo y sacrificio. Así lo expresaba ya san Juan Pablo II: *«El 'bienestar', entendido solo en su vertiente material, tiende a imponerse como único ideal de vida, un bienestar que hay que lograr a cualquier condición y precio. De aquí el rechazo de todo aquello que sepa a sacrificio y renuncia al esfuerzo de buscar y vivir los valores espirituales y religiosos.»*⁵

La era digital

9. Asimismo, los asombrosos avances de la era digital, de la informática, de la técnica y de las redes sociales han multiplicado las posibilidades de información y de interacción entre las personas. Pero, por otra parte, la rapidez y la inmediatez, propias de estos medios, pueden crear en los niños y jóvenes una **incapacidad para estar abierto a otro lenguaje** que requiera escucha, reflexión, silencio, como es el lenguaje de Dios que se percibe en la oración, así también como el vivir de la fe y de la esperanza, que no ofrecen un resultado inmediato y tangible.

De igual modo, los expertos alertan del alto riesgo que estos medios representan a la hora de crear todo tipo de **adiciones** y del peligro de la facilidad con que pueden acceder a contenidos inmorales que arrebatan su inocencia a edades cada vez más tempranas y crean en ellos una visión distorsionada de lo que deben ser las relaciones entre las personas, el significado de la entrega y el rostro verdadero del amor, quedando reducida su expresión física, la sexualidad, a un mero *«bien de consumo»*⁶.

5 San Juan Pablo II, Exh. ap. posts. «Pastores dabo vobis», 8.

6 Ibid.

Estigmatización social

10. No puedo dejar de señalar también, como otro factor que influye lamentablemente en el descenso de las vocaciones al sacerdocio, una cierta estigmatización social o, al menos, **desconfianza hacia la Iglesia** provocada, en parte, por la visión parcial y, a menudo, banal de la labor desarrollada por los sacerdotes, y, en parte, desgraciadamente, por los pecados y los delitos cometidos por algunos de ellos, en los casos que se han demostrado fehacientemente que así ha sido, algo que, desde diversos ámbitos, se ha buscado generalizar proyectando una sombra de sospecha sobre la totalidad de los sacerdotes, mancillando así, injustamente, la labor intachable de su inmensa mayoría.

Podríamos decir, en términos generales, que estamos viviendo una situación parecida, salvando las distancias, a la era apostólica, donde la Iglesia primitiva no era de masas sino de grupos pequeños que se encontraba ante el desafío de evangelizar un mundo que se le mostraba hostil.

Momento de gracia y de esperanza

11. Pero esto es lo que hace más apasionante este momento histórico concreto pues representa para nosotros una preciosa **oportunidad de purificación y de conversión**, de afianzarnos más en el Señor, de vivir y predicar el evangelio en toda su pureza y confiar mucho más en Dios que no abandona nunca a su Iglesia, sino que la guía a través de su Espíritu y suscita en cada momento histórico nuevos evangelizadores y nuevas formas de evangelización.

De hecho, no nos faltan **motivos de esperanza** pues, hoy como ayer, podemos constatar cómo hay muchos niños y jóvenes que siguen respondiendo generosamente al Señor con el apoyo de sus familias, cómo aún se percibe en ellos el anhelo de cambiar el mundo y de ser parte activa de ello, la fascinación que en ellos causa la belleza y los ejemplos de autenticidad, generosidad, desinterés y entrega a los demás. A la vez, constatamos el gran servicio que los sacerdotes, en su amplia labor pastoral, prestan a la sociedad. A través de su ministerio fiel y entregado, unos encuentran alimento para crecer en la fe, otros, oportunidad para reencontrarse con la Iglesia como «hospital de campaña» donde son curadas las heridas de una vida sin Dios, y todos podemos ver, aun en la vasija de barro que son sus vidas, el Corazón cercano, amable, misericordioso y amoroso del Padre que sale a nuestro encuentro y nos salva.

III. DIOS «ILUMINA» NUESTRA REALIDAD

12. San José acude a Dios en las situaciones de temor e incertidumbre, y Dios sale en su ayuda, pues nada enciende más el corazón de un Padre que las

necesidades de sus hijos⁷. Dios sale al encuentro de San José, porque quiso necesitar de él en su plan de salvación. Sí, quiso necesitarle para que Jesús naciese y creciera en el seno de una familia santa, para proteger al Niño y a su Madre de tantos peligros; quiso necesitarle para educar y hacer crecer el corazón sacerdotal de nuestro Salvador. De igual modo, Dios sigue interviniendo y llamando hoy a muchos niños, adolescentes y jóvenes, para que sean sus sacerdotes, porque los necesita para continuar su obra en el mundo, para que la Iglesia pueda realizar su misión.

Esta intervención divina ilumina la propia realidad. Las dudas y miedos de san José se disipan gracias a la luz que recibe en sueños (cfr. Mt 1,20; 2,13.19.22), donde Dios se le manifiesta iluminando su realidad y encandilándole con su misión. De modo similar, Dios ilumina nuestra realidad con su Palabra, la vida de los santos y el Magisterio de la Iglesia.

A. La luz de la Sagrada Escritura

13. Si tuviéramos que definir **qué es la vocación**, no dudaríamos en afirmar que es un don gratuito y amoroso de Dios, que reclama una respuesta generosa y oblativa del llamado. Sin embargo, este misterio no es tan simple y fácil de describir, y mucho menos de vivir, pues en ocasiones, esta llamada no percibe con claridad, y otras muchas, no es capaz de dar una respuesta o de mantenerla en el tiempo. Haremos un somero repaso por la Sagrada Escritura donde podemos ver reflejados estos aspectos y nos ayudará a ver cuán necesarios son una pastoral y un cuidado vocacional.

La llamada de Dios

14. En la Sagrada Escritura es claro y patente que **la iniciativa es de Dios**. Es Dios quien elige a Abraham y le colma de promesas. Es Él quien llama a Moisés, a Samuel, a los profetas y les confía una misión. Esta elección nace de lo más íntimo de su Corazón -«*llamó a los que quiso*» (Mc 3,13)-, y se percibe como una mirada de amor, que penetra la profundidad de nuestro ser. Es precisamente este el prisma adecuado para adentrarnos en el misterio vocacional, que no es otra cosa que una historia de amor.

La iniciativa divina, aun estando siempre presente, tiene una **especial incidencia en momentos de necesidad**. No es extraño notar cómo Dios

⁷ Una de las mayores necesidades de la Iglesia son los sacerdotes «sin los cuales no podría vivir ni realizar su misión» (Francisco, Exh. Ap. Christus vivit, 275). Es más, se trata de una necesidad no solo eclesial, me atrevería a decir que «el mundo, mientras exista, necesita sacerdotes y pastores, hoy, mañana y siempre» (Benedicto XVI, carta a los seminaristas del 18 de octubre de 2010).

llama a Moisés cuando ve el sufrimiento y clamor de su pueblo (cfr. Ex 3,7) o a los profetas cuando el pueblo y los dirigentes necesitan cambiar el corazón y volver su mirada a Dios. Lo mismo sucede en el Nuevo Testamento, Jesús llama a los doce justo después de compadecerse de la multitud, que vive como ovejas sin pastor (cfr. Mt 9,36).

Si las vocaciones son un don del Corazón de Jesús para la Iglesia y para el mundo necesitado, nuestra primera acción pastoral ha de ser la súplica constante y la esperanza confiada.

La respuesta del llamado

15. La Sagrada Escritura nos permite recorrer y profundizar en gran cantidad de matices que ponen de manifiesto las diferentes respuestas de aquellos que han sido llamados por Dios.

La respuesta de *Abraham* está marcada por una **absoluta confianza** en las promesas divinas. Por su fe somete su inteligencia y su voluntad al plan de Dios que le ha sido revelado. Un plan que es reflejo de la sabiduría y la bondad divina y que, por tanto, es digno de confianza.

La historia de *Moisés*, pone de manifiesto que **la vocación es un proceso**. Tras intentar liberar a Israel, al inicio de su vida, sin éxito, se ve obligado a huir a Madián. Sin embargo, después de un proceso de formación y maduración logra estar preparado, y es ahí cuando Dios le confía su misión, porque ya no hay riesgo de que se apropie de ella, la salvación del pueblo es iniciativa y obra de Dios.

Samuel, nos hace caer en la cuenta de la importancia de una **preparación desde temprana edad**. Esta preparación tiene diversas manifestaciones, pues incluye a la familia con el ofrecimiento y la súplica de que Dios elija a su hijo; también se necesita la ayuda del sacerdote para reconocer la voz de Dios y responderle; y, finalmente, también el joven se dispone, aprendiendo en el servicio del altar la entrega de la propia vida, descartando que la edad sea un problema.

La respuesta de los *profetas* a la misión que Dios les confía, nos advierte de la **importancia del testimonio de vida**, pues son conscientes de que se predica no solo con palabras, sino principalmente con la propia vida⁸. En ocasiones incluso soportando y ofreciendo el rechazo y el sufrimiento, en definitiva, cargando con la propia cruz, que les une más íntimamente a Jesucristo⁹.

8 Cfr. Benedicto XVI, Mensaje jornada de oración por las vocaciones 25 de abril de 2011.

9 En la ordenación sacerdotal estas son las palabras del obispo dirige al ordenando: «conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor».

La **rapidez en la respuesta** de los *apóstoles*, no deja de sorprendernos. Esta inmediatez se convierte en una exhortación a estar preparados y procurar un lugar idóneo, como lo son nuestros Seminarios, donde estos niños y jóvenes llamados puedan responder inmediatamente.

Desgraciadamente, no todas las llamadas encuentran una respuesta generosa, la vocación del joven rico nos advierte que existen **peligros y obstáculos** que impiden a muchos niños, adolescentes y jóvenes decirle sí al Señor¹⁰, con la consiguiente tristeza de corazón. Por ello, se hace necesario procurar ambientes, que prevengan de estas ataduras y promuevan una auténtica libertad.

B. La luz de la vida de los santos

16. La historia de la Iglesia y, en particular, la vida de los santos son también una preciosa ayuda para nuestra pastoral vocacional.

La llamada de Dios en la vida de los santos

Los santos nos manifiestan que la llamada divina sigue **diversos caminos**, aunque el más normal es el de la familia¹¹.

Unas veces nace **de la escucha atenta de la Palabra de Dios**, como en el caso de *san Antonio, abad*, quién al escuchar las palabras del evangelio «*vende todo lo que tienes, da el dinero a los pobres y luego vente conmigo*» notó que eran léidas especialmente para él, y por eso, vendió sus posesiones y comenzó su vida ascética y de mortificación que a tantos cautivó.

Otras, como en el caso de *san Juan Bosco*, se fortalece **ante las diversas necesidades del momento**. La poca atención y cuidado a los niños y adolescentes, despierta en él el deseo de ser «el cura de los mocosos».

Otras veces se percibe como una luz especial que adquiere mayor esplendor **en el silencio de la oración** como en el caso de *san Juan Pablo II*, o se descubre en la sencillez de lo cotidiano, descubriéndose especialmente inclinado hacia las cosas de Dios, como le sucedió al *santo cura de Ars*.

La respuesta de los santos

17. Si las llamadas de Dios en la historia de la Iglesia son únicas, aún más lo son las respuestas de los diferentes santos. Pero hay un elemento común: la vida de los santos consiste en buscar cada instante agradecer al Señor, esto es, no negarle nada a Dios.

10 Cfr. Juan Pablo II, Exh. Ap. Pastores dabo vobis, 37

11 Cardenal Marcelo González Martín, exhortación día de san José de 1983.

Hay respuestas que enfatizan **la primacía de Dios**, pues se caracterizan por un abandono total en las manos de Dios, a lo que acompaña un ocultamiento como si de la vida en Nazaret se tratara. Este es la respuesta del beato *Carlos de Foucauld*, que sale al encuentro de los más olvidados y abandonados, para que viendo la bondad del servidor conozcan y se enamoren del Señor.

Otras respuestas se ven **alentadas por el testimonio sacerdotal**. ¡Cuántos santos sacerdotes han respondido con generosidad al Señor gracias al ejemplo de sus párrocos o de sacerdotes cercanos! Así sucedió, por ejemplo, al beato José Sala, primer rector del Seminario Menor: el ejemplo de su tío sacerdote le ayudó a entrar en el Seminario y marcó toda su vida hasta el martirio.

No menos cautivadora es la grandiosa **presencia real de Cristo en la Eucaristía**, tan íntimamente unida al sacerdocio, ya que ambos sacramentos nacieron el jueves santo del Corazón de nuestro Redentor. También la grandeza de tan alto don ha sido estímulo para responder generosamente al Señor, como le sucedió al pequeño Giuseppe Sarto, por ejemplo, quien más tarde se convertiría en el papa *san Pío X*, quien con solo doce años le decía a su madre: «*quisiera ser sacerdote. En la Santa Comunión he comprendido repentinamente esta mañana que el Salvador me llama para ser su ministro*».

Otras veces, la respuesta no es tan inmediata, pues requiere un **cuidado discernimiento**. Se requiere ir madurando poco a poco, en un proceso de creciente docilidad a la voz de Dios, como pone de manifiesto el proceso vocacional de *san Ignacio de Loyola*. A lo largo de esta larga búsqueda de la voluntad de Dios, sin duda fueron clave sus *Ejercicios Espirituales*, donde nos ha dejado luces permanentes para el discernimiento.

Finalmente, no faltan santos en los que podemos apreciar el grave problema de la falta de libertad, causada por los apegos del corazón. Tal vez sea *san Agustín* el que mejor nos haga caer en la cuenta de este peligro: «*debes vaciarte de aquello de que estás lleno, para que puedas llenarte de aquello de que estás vacío*». Solo la intimidad y el creciente enamoramiento del Señor, es capaz de romper las diversas cadenas que nos atan, y nos permite responder libremente.

C. La luz del Magisterio de la Iglesia

18. No podemos terminar sin recoger algunas de las principales aportaciones del Magisterio de la Iglesia en los últimos años, para entresacar, a continuación, algunas líneas de actuación concretas para la pastoral vocacional en nuestra archidiócesis.

El **Concilio Vaticano II**, ha sido en la Iglesia un momento de gracia singular. Particularmente ha supuesto un aliciente en la pastoral vocacional

insertándola dentro de la propia llamada a la santidad, pero también insistiendo con vehemencia en que el cuidado y fomento de las vocaciones es cuestión de todos.

Este mensaje se ha vivido en nuestra querida archidiócesis, principalmente, a través del magisterio del **cardenal don Marcelo**, que consiguió crear una cultura y un ambiente vocacional. Esto lo consiguió con sus palabras, insistiendo constantemente en que «el problema de la vocación y las vocaciones es de toda la Iglesia», pero también con sus obras, esto es, procurando las condiciones necesarias¹² para conseguir que la gracia de la vocación alcance su fin.

Este magisterio toledano se desarrolló en una perfecta armonía con las enseñanzas de **san Pablo VI**, grandemente preocupado por la crisis de vocaciones sacerdotales. Tal era su preocupación, que no dudó en más de una ocasión a instar a sus hermanos en el episcopado a ocuparse con solicitud de esta pastoral instituyendo la Jornadas de oración por las vocaciones.

Uno de los puntos más altos de esta reflexión eclesial, llega con **san Juan Pablo II** en la exhortación «*Pastores dabo vobis*», donde se presenta la vocación como un diálogo entre «el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde en el amor»¹³. En esta carta, además, propone una pastoral vocacional que implica toda la Iglesia, pues impregna todas y cada una de sus tres principales misiones: sacerdotal, profética y regia¹⁴. También el año sacerdotal convocado por el Papa emérito **Benedicto XVI**, supuso una profundización agradecida en el gran regalo del sacerdocio y las vocaciones sacerdotales, que son, parafraseando al santo cura de Ars, un don del Corazón de Jesús. Más concretamente en la vigilia de oración previa a la clausura de este año de gracia, sintetizó las tres acciones vocacionales por excelencia: la oración insistente, el testimonio ferviente de los sacerdotes y la propuesta

12 En su obra *Seminario nuevo y libre*, don Marcelo enumera tres condiciones: el espíritu de los jóvenes, el ambiente tanto familiar como parroquial, y la idoneidad de los lugares de formación, esto es, el Seminario.

13 Juan Pablo II, Carta ap. *Pastores dabo vobis*, 36.

14 El desarrollo de esta pastoral la encontramos en los nn. 38-40 de la exhortación. Como acciones pastorales derivadas de la **misión sacerdotal** enumera la *oración* y el *ofrecimiento* de los sufrimientos, muy especialmente de los enfermos. En cuanto a la **misión profética**, insiste en la importancia de una *predicación* y una *catequesis*, intrínsecamente marcada por la dimensión vocacional, unida a la cercanía y la *testimonio* gozoso de los sacerdotes. Por último, derivado de la **misión regia**, el *acompañamiento* de niños y jóvenes a través de la dirección espiritual, y la experiencia de diversos *voluntariados*, les permitirá vencer los obstáculos que puedan encontrar para responder al Señor, así como la creación de grupos vocacionales donde puedan compartir y crecer en el discernimiento vocacional (cfr. san Juan Pablo II, Exh. Ap. *Pastores dabo vobis*, 64)

valiente a los jóvenes¹⁵.

Finalmente, la exhortación apostólica «*Christus vivit*» del **Papa Francisco**, nos ha hecho reflexionar sobre el discernimiento en clave de amistad con Cristo. La llamada al sacerdocio la hace un amigo y, aunque sea exigente, los regalos del amigo alegran y entusiasman en lo más íntimo del corazón¹⁶. Es necesario formar la conciencia para un correcto discernimiento, y por eso, el Papa nos propone ayudas bien concretas como la oración, el conocimiento de uno mismo y la ayuda de personas que previamente han recorrido ese camino, respetando eso sí su libertad¹⁷.

IV. «HACER» LO QUE DICE EL SEÑOR

A. Líneas de actuación

Tras la mirada a la situación presente y la escucha a la voz de Dios, debemos ya intentar establecer unas líneas de actuación que, posteriormente, se materializarán en propuestas concretas. Estas líneas de actuación recogen los principios irrenunciables que, tras la escucha de Dios, deben guiar nuestro actuar.

Poner a Cristo en el centro

19. **La vocación es «cosa de Dios»** y, descubrirla, implica entrar en su intimidad por la puerta de la oración, conocer su Corazón y mirar nuestra vida desde la perspectiva de su Amor. Solo pasando largos ratos «con quien sabemos que nos ama» y poniéndole a Él en el centro de nuestra existencia, se hace cada día más viva **la experiencia de este Amor divino** que nos salva, nos enciende en deseos de redención y de santidad, y nos dice que cuenta con nosotros para cosas grandes. Pero, para ello, es preciso apartarse con frecuencia del ruido del mundo, guardar silencio, como san José, para escuchar su llamada y ponerla por obra. Este «**primado de la vida interior**» nos lleva a hacer las cosas desde las razones más profundas que anidan en nuestra alma y no desde los dictados de la comodidad, el capricho personal y las modas. El silencio y la oración, en síntesis, nos disponen para estar más atentos a lo que Dios quiere, a la vez que nos ayudan a estar más dispuestos a las necesidades de los que están cerca y nos necesitan.

Apartarse del ruido y de la prisa del mundo en la oración, además, nos permite confrontar nuestra vida con el rostro de Cristo, cara a cara, **Corazón**

15 Cfr. Benedicto XVI, Vigilia de clausura del año sacerdotal 10 de junio de 2010.

16 Cfr. Francisco, Exh. Ap. *Christus vivit*, 288.

17 Se puede profundizar en esta temática en los nn. 278-298 de la exhortación.

a corazón. Pues solo desde el encuentro con Cristo se puede aspirar a esas metas que escapan a la lógica del mundo. Solo desde su mirada y desde el diálogo amoroso con Él, se puede «soñar» la santidad.

Hemos de intensificar, por tanto, el cuidado de la vida espiritual. ¡Volver a enamorarnos cada día de Jesucristo! ¡Volver cada mañana a elegirle a Él para construir nuestra vida! Debemos cuidar la oración, la vida de piedad, la adoración eucarística y los sacramentos, proponer y buscar jornadas de retiro y Ejercicios Espirituales para adolescentes, jóvenes, adultos y familias, facilitar el acompañamiento y la dirección espiritual... En definitiva, ayudarnos unos a otros a vivir nuestra vida siempre de cara a Dios, siempre dispuestos a escucharle y a seguirle, pues, como nos decía hace poco el papa Francisco, «solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial e insuficiente. Así está realmente disponible para acoger una llamada que rompe las seguridades pero que lleva a una vida mejor»¹⁸.

Asumir la pastoral vocacional como tarea de todos

20. Poner los ojos en Cristo, querer vivir con Él y desde Él, conlleva proyectar la vida **en clave de seguimiento**, de llamada-respuesta. Por ello, cualquier planteamiento «en serio» de la propia existencia, en la perspectiva de la vida eterna, debe incluir como elemento fundamental la cuestión vocacional: «*Señor, ¿qué quieres de mí?*». Esta pregunta no puede quedar reservada para unos pocos «avanzados» en la fe, sino que ha de atravesar toda la vida de todo cristiano, haciéndose concreta cada día y configurando todos los planes y proyectos. En otras palabras, la vida cristiana solo es plena si se vive «detrás de Jesús», siguiéndole a Él. De lo contrario, la fe corre el peligro de convertirse en un simple «añadido religioso» a nuestra vida mediocre y monótona que, en definitiva, nos hace conformarnos con un sentimentalismo egoísta -«*¡qué bien me siento!, ¡cuánto me ayuda esto!*»- que no se transforma en obras, que no conduce a la conversión y, lo más peligroso de todo, que nos esconde el sublime plan de Dios para con nosotros: la llamada de Dios a la santidad pide de nosotros preguntarle constantemente «*¿qué quieres de mí?*» y estar dispuestos siempre a responderle con generosidad y sin temores: «*Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*» (Sal. 39)

Por todo esto, la cuestión vocacional ha de ser **transversal a toda la pastoral** y ha de hacerse **explícita y habitual** en la vida de la familia, en la catequesis de iniciación cristiana, en las clases de religión, en la pastoral de los colegios, en las homilías, en las reuniones de monaguillos, en los grupos

¹⁸ Francisco, Exh. Ap. *Christus vivit*, 284.

de jóvenes o de matrimonios, en los itinerarios de formación, en los medios de comunicación, en la pastoral de enfermos... En definitiva, a todos nos compete la misión de crear una cultura vocacional que nos ponga a cada cristiano en clave de escucha y respuesta, de modo que podamos decir con Santa Teresita: «He hecho absolutamente todo lo que estaba en mis manos para responder a lo que Dios me pedía».

Comunicar la alegría del sacerdocio

21. La consecuencia primera de vivir la propia vida como una ofrenda total al Señor, de descubrir la llamada que Él mismo nos hace y secundarla, no es otra que la alegría. En efecto, las actitudes propias del llamado, especialmente del elegido para el sacerdocio, han de ser **la alegría y la constante acción de gracias**, pues no existe gozo mayor que entregar la vida por Dios en el servicio a los hermanos. ¡Es el mejor regalo que Él puede hacer a los hombres! Por eso, no deja de sorprenderme cuando encuentro a jóvenes temerosos que miran para otro lado al descubrir en sí mismos indicios de una posible vocación, que huyen de la renuncia que supone dejarlo todo para seguir a Cristo o que abandonan la oración por miedo a que Dios les pida demasiado. Asimismo, me duele ver a familias que se resisten a entregar a sus hijos, que consideran casi una afrenta que estos quieran ir al seminario para ser sacerdotes, que incluso llegan a darles la espalda cuando ellos se mantienen firmes en su deseo de seguir a Jesús... ¡Si supieran el inmenso don que Dios les está haciendo al elegir a uno de los suyos para este ministerio!

Debemos alejarnos de la tentación de construir nuestra vida sobre nuestros planes mundanos, huir del peligro de buscarnos solo a nosotros mismos y de proyectar la vida y la felicidad de nuestros hijos según nuestros propios deseos que, en no pocas ocasiones, están guiados por una visión intramundana de la vida y por la lógica de la economía, del prestigio o del éxito; esto no genera más que tristeza, egoísmo, esterilidad y desesperanza. Hemos sido creados para la entrega y **solo somos felices cuando vivimos aquello para lo que hemos sido creados**. Por ello, tenemos que volver a descubrir la alegría de quien, en Jesús, ha conocido el Amor, y recuperar el gozo de ser cristianos, elegidos y amados por Él. ¡No tengamos vergüenza de seguir a Jesús! ¡No tengamos miedo a ser felices! ¡No renunciemos a la alegría de la santidad! Hagamos un ofrecimiento afectivo y efectivo de nuestras personas a Dios y pidámosle que llame a los nuestros, que elija sacerdotes de entre los niños y jóvenes de nuestras familias, de nuestras comunidades parroquiales o de los grupos y movimientos de nuestra querida archidiócesis.

Es tarea de todos, pero especialmente de los sacerdotes, vivir siempre desde esta alegría contagiosa que es, a la vez, luz en medio de la tiniebla de la

mediocridad y signo elocuente de que Cristo está vivo y nos ama. Manifestad en cada cosa que hagáis, queridos hermanos sacerdotes, el inmenso gozo de ser todo y solo de Dios. **¡Evangelizad con la alegría!** No privéis a quienes se encuentran con vosotros del testimonio gozoso de una vida entregada que, sin lugar a dudas, será fermento de nuevas vocaciones. Y vosotros, padres y madres de familia, no tengáis miedo a la vocación de vuestros hijos, pues la ofrenda que de ellos hacéis no tiene un sentido de pérdida, sino, más bien, de apertura a un gozo y a un don todavía más grandes, pues los padres del futuro sacerdote, al entregar a su hijo, son bendecidos con una familia mayor.

Admirar y agradecer el don de la vocación sacerdotal

22. Si bien es cierto que la vocación es un don gozoso de Dios que, como nos recordaba santa Teresita, Él da a los que quiere – *«He aquí el misterio de mi vocación, de mi vida entera y, sobre todo, el misterio de los privilegios que Jesús ha querido dispensar en mi alma... Él no llama a los que son dignos, sino a los que quiere»*, decía ella – no podemos olvidar que nosotros somos «administradores cuidadosos»¹⁹ de este don. Es por ello que el pueblo de Dios tiene que **pedir de manera incansable** al *Dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies* y comprometerse en el cuidado de las vocaciones, a la vez que eleva su acción de gracias por el regalo de los sacerdotes.

A veces no llegamos a caer plenamente en la cuenta del don que supone el sacerdocio en nuestras comunidades y no terminamos de valorar la vocación sacerdotal y la necesidad que tenemos de ella. Por eso quiero advertir del terrible **peligro de «acostumbrarnos»** al don, de considerar que «tenemos derecho» a que haya sacerdotes en nuestras parroquias o de esperar a que «nos los manden del cielo». Es responsabilidad y tarea de todos tener sacerdotes. Como os dije recientemente, es verdad que *«nuestra archidiócesis de Toledo cuenta con un buen número de sacerdotes que no sólo sirven a las parroquias del territorio diocesano, sino que también están desarrollando su ministerio en otras diócesis de España y del mundo. Pero esto no debe descuidar la atención a la pastoral vocacional; necesitamos muchos y santos sacerdotes. El fomento de la vocación sacerdotal tiene su fuente en la familia y en las comunidades cristianas, por eso os ruego que recéis y trabajéis para que surgen nuevas vocaciones sacerdotales que permiten a nuestra Iglesia diocesana renovarse y ofrecer su riqueza sacerdotal a la Iglesia universal»*²⁰.

19 Francisco, Exh. Ap. *Amoris Laetitia*, 287.

20 Carta dominical publicada en la revista diocesana «Padre nuestro», 2 de agosto de 2020.

Pasar de la pastoral de la espera a la pastoral de la propuesta

23. «Tenemos que seguir potenciando nuestros Seminarios, para que nunca nos falten abundantes vocaciones sacerdotales, tan necesarias, y que siempre son pocas para lo que necesitan nuestros pueblos, parroquias y nuestra gente. Tenemos que estar en campaña vocacional siempre. No solo cuando toca. Por eso hay que trabajar mucho en la pastoral de infancia y juventud. Si cuidamos la vida cristiana de los monaguillos, de todos los que están en nuestras catequesis, estamos sembrando semilla vocacional. Hay que pasar de una pastoral vocacional de la espera, a una pastoral vocacional de la propuesta»²¹. En efecto, es misión de todos cuidar las vocaciones, pedir las y fomentarlas. No podemos cansarnos de ofrecer la vocación sacerdotal para que nuestros niños y jóvenes descubran que la alegría más grande es gastarse y desgastarse siguiendo al Señor y en el servicio a los hombres. Una propuesta que, por otra parte, hemos de hacer explícita y evidente, sobre todo en el seno de la familia, que es el ámbito privilegiado para escuchar la llamada de Dios y aprender a responderle con generosidad. Así nos lo decía san Juan Pablo II, «Dios llama a quien quiere, por libre iniciativa de su amor. Pero quiere también llamar mediante nuestras personas. Así quiere hacerlo el Señor Jesús. Fue Andrés quien condujo a Jesús a su hermano Pedro. Jesús llamó a Felipe, pero Felipe llamó a Natanael (cfr. Jn 1, 33ss). No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven, o menos joven, las llamadas del Señor. Es un acto de estima y de confianza. Puede ser un momento de luz y de gracia»²². En otras palabras: Dios quiere contar con nosotros para salir al encuentro de muchos niños y jóvenes, quiere servirse de nosotros para llamar a muchos a seguirle, y no podemos desentendernos de esta tarea, que es también nuestra. Sí, los niños y jóvenes **necesitan saber que Jesús los llama**. ¡Necesitan que alguien se lo digan, que alguien les muestre que, si Dios llama ahora, es para responderle ahora, aunque todavía sean niños!

No obstante, esta propuesta debe también **respetar la libertad**, ser perseverante, pero no agobiante, pues no somos nosotros quienes asignamos vocaciones ni tampoco está en nosotros el criterio último de discernimiento. Más bien, somos colaboradores en una misión que nos sobrepasa y que debemos asumir con humildad y prudencia, pues una insistencia obstinada al proponer la llamada de Dios – no pocas veces ha pasado esto – puede llegar a «asfixiar» una vocación que es verdadera. «Los jóvenes necesitan ser respetados en su

21 Carta dominical publicada en la revista diocesana «Padre nuestro», 15 de marzo de 2020.

22 San Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones 1983.

libertad, pero también necesitan ser acompañados. La familia debería ser el primer lugar de acompañamiento»²³. En ocasiones, el mejor acompañamiento es el que pone a los niños y jóvenes delante del Señor y después sabe apartarse, guardar silencio orante y esperar con paciencia, respetando los tiempos de Dios.

Ser, con los santos y como los santos, «apóstoles de la vocación»

24. Finalmente, para avivar en nuestros corazones esta llama de la vocación, hemos de mirarnos en el espejo de los santos, los mejores hijos de la Iglesia. Todos ellos, de un modo u otro, han sido auténticos **«apóstoles de la vocación»**, pues han vivido su vida en esta clave de llamada-respuesta, de escucha y entrega, de ofrenda generosa y dócil a la voluntad de Dios, dando así testimonio de que solo en Él tiene sentido la vida del hombre. Conocer su ejemplo, saber cómo han descubierto la voz del Señor que les llamaba a seguirle, admirar su respuesta decidida y valiente, en muchos casos en medio de terribles peligros y adversidades, nos recuerda también hoy a nosotros que la pregunta «¿qué quieres de mí?» es inseparable de nuestra felicidad, de nuestra llamada concreta a la santidad. «Dios no hace santos clonados, sino que configura nuestra santidad personal con la artesanía de su amor personal y único, de llamada y respuesta»²⁴. Así, nadie puede ser santo «a su manera», pues la santidad y la felicidad de cada uno coinciden siempre con el plan de Dios, y, para secundarlo, hay que ponerse irremediabilmente a la escucha y responder sin titubeos ni medias tintas.

Por todo esto, **miremos a los santos**. Propongamos sus vidas a nuestros niños y jóvenes como proyecto real y apasionante para sus vidas. Acerquemosles los innumerables testimonios de sacerdotes santos como san Juan de Ávila, el santo Cura de Ars, san Ildefonso de Toledo, santo Tomás de Villanueva o tantos sacerdotes mártires. Hablémosles de todos aquellos que, ya en su más tierna infancia, escucharon la voz de Dios que les llamaba a ser sacerdotes y respondieron inmediatamente. Que conozcan a quienes, como el beato Manuel Domingo y Sol y tantos otros, han consagrado su vida al cuidado de las vocaciones, o se han dedicado por entero a rezar por los sacerdotes y seminaristas y su santificación desde los monasterios. Conozcamos a esos padres y madres de familias santos que convirtieron sus hogares en auténticos seminarios domésticos – san Juan Pablo II, por ejemplo, habla así de su padre en el libro *Don y misterio*: «Entre nosotros no se hablaba de vocación al sacerdocio, pero su ejemplo fue para mí en cierto modo el primer seminario, una especie de seminario doméstico». Acudamos a todos ellos, aprendamos de los santos a ser también nosotros santos.

²³ Francisco, Exh. Ap. *Christus vivit*, 242.

²⁴ Francisco Cerro Chaves, Carta pastoral «Sal y luz», 30.

B. Propuestas de actuación

Pasemos, a continuación, a concretar algunas actuaciones que nos ayude a recuperar el ambiente vocacional y a remover, cuando los haya, los obstáculos que impiden que la llamada del Señor encuentre generosas respuestas. Muchas de estas propuestas ya se vienen desarrollando en nuestra archidiócesis de manos de la Delegación de Pastoral vocacional y del trabajo de todos los sacerdotes. Al plasmarlas aquí quisiera agradecer todo el recorrido realizado y que tan buenos y fecundos frutos ha dado y, a la vez, pedir a todos reavivar nuestro decidido compromiso por las vocaciones sacerdotales.

La oración, fuente de vocaciones

25. La primera actuación es **dar primacía a la oración y a la vida de la gracia** en todos los ámbitos de nuestra iglesia diocesana. Podemos organizar muchas actividades, poner en funcionamiento muchos planes y realizar multitudinarias convocatorias, pero si esto no parte de la oración y no lleva a la oración, al encuentro personal y vivo con Cristo, no habremos hecho nada, será todo estéril y no veremos frutos de vida eterna. La pastoral vocacional infalible es la que responde a la petición del Señor: «Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9,38). Por ello, agradezco y pido se mantenga e incluso se instaure, en los lugares donde todavía no se hace, la oración por las vocaciones sacerdotales **todos los jueves** ante Jesús Sacramentado, a la que se invite a participar a todos, también a niños y jóvenes, y donde se recen preces propias por esta intención. Asimismo, animo a que, donde no se haga aún, se incorpore una petición vocacional en la oración de los fieles de cada celebración.

De igual modo, no puede haber encuentro de niños, adolescentes y jóvenes sin **momentos de oración** donde se les ofrezca y facilite el encuentro con Cristo vivo en la Eucaristía y el recurso también al sacramento de la reconciliación. Al mismo tiempo, os pido que no se tenga reparo en organizar **retiros espirituales o tandas de Ejercicios espirituales**, adaptadas en duración y formato a las diversas edades, destinadas a adolescentes y jóvenes. Por experiencia personal, puedo decir que no hay ámbito mejor para escuchar la voz del Señor y descubrir lo que Él quiere de cada uno.

En esta misma línea, por otra parte, estoy convencido de que la **vida contemplativa** juega un papel fundamental en la promoción y el cuidado de los futuros sacerdotes. «Sus miembros buscando solo a Dios en soledad y silencio, en asidua oración y generosa penitencia, mantienen siempre un puesto eminente en el Cuerpo Místico de Cristo..., por mucho que urja la

necesidad del apostolado activo»²⁵. Por ello, hago un llamamiento especial a todos los miembros contemplativos a que den prioridad en sus oraciones a esta intención: «*Danos más y mejores vocaciones, que haya muchos y santos sacerdotes*».

La Iglesia, engendra y es servida por sacerdotes

26. El Seminario es el corazón de una diócesis, un motor que bombea esperanza a toda la Iglesia, una casa al servicio de todos y siempre abierta, puesto que todos formamos parte de ella. **El Seminario es hechura nuestra, en colaboración con el Espíritu Santo**²⁶: las familias, las parroquias, los movimientos, las asociaciones, las hermandades y cofradías, todos necesitamos un sacerdote para vivir la vida cristiana, recibir las gracias del cielo y cumplir nuestra vocación a la santidad. Las vocaciones es una cuestión de todos. Por la importancia de esta cuestión, la archidiócesis de Toledo tiene un **Delegado de Pastoral vocacional** y cada arciprestazgo un encargado de vocaciones. A ellos se les confía la misión de potenciar y coordinar las actividades de promoción vocacional, pero no olvidemos que todos debemos colaborar con ellos en promover y cuidar las vocaciones sacerdotales; todos debemos tomar sobre nosotros esta intención como prioritaria y nunca tenerla como un apéndice en nuestras reuniones o como un aviso más dentro del año litúrgico cuando llega la campaña del Seminario.

El planteamiento vocacional debería ser **eje transversal de las distintas iniciativas y materiales que las delegaciones y secretariados** promueven y preparan, e incluso en los medios de comunicación social. Todos nos tenemos que involucrar, porque necesitamos de la gracia divina, de los sacramentos y, por tanto, de celosos sacerdotes que muestren a qué sabe el amor de Dios.

Dos fechas nos muestran esta verdad de manera singular: la **fiesta del Reservado** y la solemnidad de san José.

La primera, recuerda el momento en el que Jesús sacramentado se «reservó» por primera vez en nuestros seminarios. En mi etapa de formación fui testigo del gran aprecio hacia esta fiesta por parte de los fieles de las parroquias, de modo particular entre los de la ciudad. Son muchos los sacerdotes, religiosos y laicos que, año tras año, acuden a nuestros seminarios para compartir con los futuros sacerdotes su amor por la Eucaristía. Sacerdocio y Eucaristía es un binomio inseparable, no habrá sacerdotes sin Eucaristía ni Eucaristía si no tenemos sacerdotes. Quisiera animar a las familias, parroquias, movimientos

²⁵ Concilio Vaticano II, Decreto *Perfectae caritatis*, 7.

²⁶ Cardenal Marcelo González Martín, *Seminario nuevo y libre*, 213

apostólicos e incluso a los colegios diocesanos a descubrir el sentido profundo de esta fiesta y a participar en ella. Solo amamos aquello que conocemos. Si conseguimos que nuestros fieles conozcan a nuestros seminaristas, haremos que los quieran, que los sientan como suyos y, por tanto, que pidan por el aumento y la santidad de los llamados.

La segunda, es el **Día del Seminario**. San José formó el corazón sacerdotal de Jesús y hoy sigue cuidando y forjando el corazón de los futuros sacerdotes. En torno al día 19 de marzo los seminaristas salen a las parroquias, colegios y familias para compartir su experiencia vocacional. La fe y la vocación, en la medida en que se comparten, se fortalecen y expanden. La experiencia gozosa del seguimiento de Cristo testimoniada por un niño o un joven seminarista es el mejor aliciente para hacer germinar una futura vocación.

La colecta del Día del Seminario nos recuerda la importancia de nuestra **colaboración económica** en favor de las vocaciones. Quiero dar las gracias a tantos sacerdotes, religiosos y laicos que cada año colaboráis en el mantenimiento de nuestros Seminarios. Sois muchos los que ayudáis a través de las binaciones de misas, como es preceptivo en nuestra archidiócesis desde tiempos de don Marcelo, las colectas en vuestras parroquias, por medio de la asociación «Amigos del Seminario» o directamente como benefactores del Seminario. Debemos orar para que el Señor siga bendiciéndonos con numerosas vocaciones y con personas generosas que sostengan económicamente a aquellos candidatos que, por diversas circunstancias, no pueden costear sus estudios.

27. **El Seminario es una casa siempre abierta**, porque el Señor no deja de llamar. Son muchas las actividades que ofrecen nuestros seminarios para niños, adolescentes y jóvenes que sienten la vocación sacerdotal: pre-seminarios, torneos, campamentos...

Hago memoria agradecida del gran regalo que ha supuesto para nuestra archidiócesis las **convivencias de monaguillos**, fecunda sementera vocacional para la Iglesia. Los sacerdotes habéis sembrado y cuidado el ambiente vocacional en las parroquias. Vosotros habéis sido imprescindibles en estas convivencias. Seguid teniendo este encuentro de monaguillos como fecha clave en vuestras programaciones.

28. El contacto del Seminario con las familias, parroquias, movimientos y colegios debe ser frecuente. El Seminario es cuestión de todos y así debemos vivirlo. Las visitas al mismo, las oraciones vocacionales de los jueves, las oraciones de familias y las jornadas de puertas abiertas nos ayudan a entender y vivir la vocación sacerdotal como un don de Dios para la Iglesia. Quisiera también subrayar el valor singular de las vigiliadas que se organizan en el Seminario y en algunas parroquias en vísperas de las sagradas Órdenes.

La familia, semillero de las vocaciones

29. El hogar y la familia es el lugar donde la madurez cristiana gran vocaciones a la vida consagrada²⁷. La unión esponsal es el trono sagrado de la vida. Las familias cristianas abiertas al don de la vida deben estar también abiertas al don de la vocación sacerdotal.

Invito a los esposos a que hagan **ofrenda de sus hijos al Señor**. Así, nuestras familias serán auténticos semilleros, donde se valore y fomente la vocación a la vida sacerdotal. Una pastoral vocacional no tiene futuro sin familias. El Movimiento Familiar Cristiano, Equipos de Nuestra Señora, Proyecto Amor Conyugal y otras iniciativas en nuestra archidiócesis deben despertar, promover y acompañar las vocaciones entre sus hijos sin miedos ni rodeos. Ofreced lo más grande que habéis recibido como don del cielo, a vuestros hijos, al mismo Señor; Él nunca se dejará ganar en generosidad.

La familia cristiana que vive en ambiente de oración humilde se convierte en verdadera Iglesia doméstica. Los grupos de «Oración de madres» repartidos por toda la archidiócesis están haciendo una gran labor. Aunque la oración no es cuestión solo de la madre, cuando ella reza, la familia reza. La oración por las vocaciones y por la santidad de los sacerdotes no debe faltar en estos grupos y en la oración de las familias. Si los hijos ven a sus padres rezar por las vocaciones descubrirán el gran don que supone esta llamada y podrán hasta planteárselo.

Animo a los padres a cuidar la oración personal y familiar para que «ayuden a sus hijos prudentemente a elegir su vocación y fomenten con todo esmero la vocación sagrada cuando la descubran en sus hijos»²⁸. Solo en oración podréis ayudar a vuestros hijos a la hora de abrirse a la llamada de Dios y llevarla a cabo en amor y libertad.

«Los padres deben ser para sus hijos **los primeros educadores de la fe**, mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación propia de cada uno, pero con cuidado especial de la vocación religiosa»²⁹. Los padres son los primeros formadores en una vocación. La Delegación de familia y vida y el Seminario ofrecen a los esposos abundante material para que se formen bien y estén preparados a la hora de detectar y acompañar una posible vocación sacerdotal.

En este sentido tienen una especial importancia los grupos de «San José» que se han ido implantando en nuestras parroquias. Los padres juegan un papel

²⁷ San Juan Pablo II, Carta para la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones, 1984.

²⁸ Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem*, 11.

²⁹ Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 11.

fundamental en la formación de un futuro sacerdote, como san José ocupó un lugar central en la formación del Buen Pastor. La presencia y compañía de un padre, su confianza y firmeza, así como el buen hacer en su trabajo van forjando en el hijo un alma varonil y un corazón paternal. Un sacerdote está llamado a ser «padre de almas» sin caer nunca en compadreo ni actitudes despóticas. El buen ejemplo de un padre es la primera piedra en la formación de una vocación sacerdotal.

Quiero terminar este apartado dirigiéndome a los padres de los sacerdotes y seminaristas. Gracias a quienes apoyáis y animáis a vuestros hijos en el seguimiento de Cristo con vuestra oración, comprensión y el amor que les dais, que son de un valor extraordinario. Gracias por vuestra generosidad.

La parroquia y los movimientos apostólicos, sustento de las vocaciones

30. Nuestro Seminario ha permanecido hasta ahora con pujante vida, gracias a las familias cristianas de dentro y fuera de la archidiócesis y también gracias a las parroquias, a sus movimientos y asociaciones. La parroquia es el ámbito de la Iglesia-familia, donde se debe potenciar y cultivar la llamada del Señor.

La mejor campaña vocacional es un **sacerdote enamorado del Señor**, entregado y alegre. El sacerdote que vive en plenitud su vida, unido esponsalmente a Cristo, se convierte en un poderoso interrogante para niños y jóvenes. Quiero sacerdotes alegres, al estilo de Dios, que vivan de la alegría del Espíritu, con mesura, que su gozo sea el progreso espiritual de sus fieles³⁰, sacerdotes que sepan entregar su vida en lo oculto, con sencillez, que hagan el bien y sepan desaparecer, que sean padres, sabiendo morir para que otros tengan vida. Esos sacerdotes son la mejor simiente para una generosa cosecha vocacional.

31. El encuentro con Cristo, que llama, es el origen de toda vocación. El servicio al altar es un momento muy especial de intimidad con Jesús. Es urgente que se recuperen y se revitalicen en nuestras parroquias los **grupos de monaguillos**. Si no cuidamos esta cantera vocacional se lo ponemos difícil al Señor. La experiencia nos dice que, si hay monaguillos, en contacto con el Señor y con sacerdotes fervorosos y entregados, hay vocaciones. San Juan Pablo II recuerda que muchos sacerdotes y él mismo, fueron monaguillos en su niñez³¹. La creación de grupos de monaguillos y el cuidado de estos chicos y sus familias debe ser una tarea prioritaria en la parroquia, de modo que, por

30 Cfr. Oración colecta, memoria de san Gregorio Magno (3 de septiembre).

31 Cfr. San Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo 2004.

medio de la formación y la introducción en la vida de oración, aquellos no se limitaran solo a desempeñar, de modo material, el servicio del Altar, sino que encontraran su sentido y cohesión, su «alma», en el encuentro y la relación de amistad con Cristo, con la ayuda y la mediación de los sacerdotes.

32. La parroquia es también una familia que forma a los fieles como hijos de Dios y hermanos en Cristo. La cuestión vocacional no puede estar ausente en los procesos de **formación catequética** de nuestras parroquias. La clave vocacional debe acompañar todo el proceso catecumenal y convertirse en su propia meta. Una auténtica iniciación cristiana despertará, en cualquier momento de este itinerario, pero sobre todo al final, la pregunta: «Señor, ¿qué quieres de mí?, ¿cómo quieres que te sirva en mis hermanos en este mundo?»³² De ahí que el sacerdocio deba ser presentado como vocación al amor en las catequesis y en los grupos juveniles de nuestras parroquias. A este respecto, permitidme que señale, como dos momentos preciosos para ello, la catequesis de Primera Comunión, en la que los niños están especialmente abiertos al Señor y también la que prepara para la recepción del sacramento de la Confirmación. Esta última, pese a las dificultades propias de la adolescencia, puede ayudar mucho a los chicos a encontrar en Cristo el sentido de la vida y la respuesta a sus preguntas.

33. Para que esta propuesta vocacional no sea algo artificial es necesario cultivar en los niños y jóvenes **acompañamiento espiritual y vida de oración**. Pienso, de modo especial, en los sacerdotes jóvenes, sobre todo los vicarios parroquiales, que acompañáis a los grupos juveniles en las parroquias y en los campus universitarios: ¡no tengáis miedo de proponer explícitamente la vocación sacerdotal como camino de seguimiento del Señor, camino hermoso y de gran necesidad para los hombres de nuestro tiempo!

34. La parroquia es una familia que sirve. La atención a los más necesitados, descubriendo en ellos el rostro de Cristo, es una de las notas más características de nuestra fe. No podemos decir que amamos a Dios si no amamos a aquellos que más nos necesitan, los pobres y los enfermos (cf. 1 Jn 4,20). Sabemos de teoría que los más pobres son los escogidos del Señor, pero, ¿lo ponemos por obra? ¿Contamos con los pobres y los enfermos en la promoción vocacional? ¿Creemos de verdad en el poder de la oración de los más débiles?

Todos necesitamos un sacerdote en nuestra vida que nos dé a gustar el amor de Dios, pero aún más **los pobres, los enfermos y aquellos que sufren soledad**. En medio de sus difíciles circunstancias saben valorar la presencia,

³² Directorio de la iniciación cristiana.

compañía y palabra del sacerdote. Qué importante que sepamos transmitir a estos predilectos de Dios lo decisivo del momento que viven para la promoción vocacional. La Iglesia necesita de sus oraciones y del ofrecimiento diario de sus sufrimientos y enfermedades. ¿Hay algo más fecundo que la cruz? Pido a los sacerdotes que ayuden a los pobres y enfermos a ofrecer sus cruces para que estas no queden estériles. Que ofrezcan sus sufrimientos por la abundancia y la santidad de las vocaciones sacerdotales.

35. Por último, quisiera revalorizar en los sacerdotes el servicio oculto en las parroquias que, en ocasiones, puede llegar a convertirse en una verdadera cruz para muchos, **el despacho parroquial** con todo lo que implica: las cuentas, los libros parroquiales, sus copias, la burocracia administrativa. Esta tarea necesaria puede convertirse en algo pesado o convertirnos en meros funcionarios si no le damos un sentido profundo. ¿Por qué no darle un tono pastoral eminentemente vocacional? Os invito, queridos sacerdotes, a que ofrezcáis esos trabajos, que no se valoran ni agradecen, esas horas escondidas en vuestros despachos parroquiales, por las vocaciones sacerdotales. Pedidle al Señor que bendiga a vuestra comunidad parroquial con una vocación, ofreciéndole vuestro trabajo constante, abnegado y silencioso en los despachos parroquiales. Ojalá que cada parroquia llegue a tener, al menos, un seminarista.

La escuela, forja de las vocaciones

36. La escuela es un importante apoyo para la familia en la tarea apasionante de educar a los hijos. Los padres deben encontrar también en la escuela, a través de la clase de Religión católica, un acompañamiento en la iniciación cristiana que sus hijos van realizando. A la vez, la escuela debe ayudar a los alumnos en su orientación vocacional. Un maestro o profesor que sepa discernir posibles indicios vocacionales, que tenga la capacidad de escuchar y valorar una posible vocación sacerdotal, puede convertirse en un servicio impagable a la Iglesia y a la sociedad. Hay muchos chicos que no tienen a nadie con quien aclarar sus preguntas y deseos vocacionales.

37. La archidiócesis de Toledo cuenta con un importante número de colegios diocesanos que, agrupados en la **Fundación para la Enseñanza «Arzobispo Rodríguez Plaza»**, constituyen una fuente de gran esperanza para nuestra sociedad y nuestra Iglesia particular. Algunas de las vocaciones que solicitan el ingreso en nuestros Seminarios proceden, de hecho, de nuestros Colegios diocesanos. Pidamos al Señor que sean muchos más.

A este respecto, es necesario fortalecer el vínculo, ya existente, entre los centros escolares diocesanos y nuestros Seminarios, de modo que, en coordinación

con el equipo directivo y los equipos de pastoral respectivos, se promuevan grupos de chicos con inquietud vocacional, se ofrezcan itinerarios atractivos y eficaces, así como un acompañamiento espiritual y una vida de oración seria para los miembros de estos grupos.

38. La sensibilidad vocacional debe estar presente en todos **los docentes de nuestros centros**. La vocación sacerdotal nos afecta a todos y, por tanto, todos debemos estar atentos a los indicios vocacionales que un alumno pueda manifestar. Sin embargo, considero que los sacerdotes destinados en los colegios diocesanos y sus orientadores deben prestar una especial atención a esta cuestión. La propuesta de la vocación sacerdotal debe estar explícitamente presente en los **Planes de Acción Tutorial** que elaboran los orientadores y en las entrevistas que el tutor, el orientador o el director espiritual tienen con el alumno a lo largo de su proceso formativo.

39. La ayuda que los docentes pueden ofrecer a los alumnos y sus familias a la hora del discernimiento vocacional no se reduce a los centros diocesanos. La labor de los docentes cristianos en aquellos centros que no pertenecen a la Iglesia puede ser fundamental en el ámbito vocacional. Animo a todos los **maestros y profesores cristianos** a una participación activa en la promoción de vocaciones sacerdotales a través de la propuesta y la escucha. «No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven o menos joven la llamada del Señor. Es un acto de estima y de confianza. Puede ser un momento de luz y de gracia.»³³

40. La figura del **orientador y el profesor de religión** tienen una situación de especial relevancia en las escuelas e institutos de nuestros pueblos y ciudades. Especialmente ellos deben presentar la vocación sacerdotal a sus alumnos en los cursos decisivos de su discernimiento personal como puede ser 4º y 6º de Primaria, en los que por el cambio de ciclo es más fácil la incorporación a nuestro Seminario menor y 4º de la E.S.O., curso en el que los alumnos optan por el grado o bachillerato que les capacitará para sus estudios superiores o su vida laboral.

V. CONCLUSIÓN

41. Al concluir esta carta, quisiera hacerme eco de unas palabras pronunciadas por Benedicto XVI en su viaje a Alemania del año 2011: «Donde está

³³ San Juan Pablo II, Mensaje para la XX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, 1983.

Dios, allí hay futuro»³⁴. Dios está siempre con nosotros según su promesa (Mt 28,20), pero necesitamos de sacerdotes que nos enseñen y nos hagan presente la bondad y el amor de su Corazón y nos enseñen a imitarlo y a vivir según su Espíritu. Sólo así podremos mirar con esperanza el futuro.

Al poner, con esta Carta pastoral, a toda la archidiócesis en clave y orientación vocacional, quisiera también agradecer a todos cuanto ya hacéis por la promoción de las vocaciones al sacerdocio.

42. Hago memoria agradecida de cada uno de **los sacerdotes de nuestra archidiócesis**, desde los mayores que brillan ante nosotros por su vida entregada a Cristo y a la Iglesia y son para todos nosotros una gran reserva espiritual y humana de experiencia y de fecundidad, hasta los más jóvenes que llenan nuestra archidiócesis de la energía, de la alegría y del deseo de llevar a todos el amor infinito de Cristo. Además, es un gran gozo para nosotros la gran cantidad de sacerdotes de nuestro presbiterio que están dando su vida en la extensión del Evangelio en tierras de misión y también el hecho de que algunos de nuestros sacerdotes hayan sido llamados al ministerio episcopal tanto para España como para fuera de ella.

Queridos sacerdotes: el Seminario *«es la gran casa de familia que merece vuestro amor y vuestra entrega porque en ella os formasteis para el sacerdocio y en ella siguen educándose los jóvenes que continuarán mañana la misión sagrada que vosotros realizáis ahora»*³⁵. Al recordar nuestros años de formación en el Seminario Mayor «San Ildefonso», al que muchos de vosotros accedisteis tras pasar por el Seminario Menor «Sto. Tomás de Villanueva», agradezcamos a Dios los inmensos frutos que esta gran casa ha dado y sigue dando.

Agradezco también al Señor la presencia en nuestra diócesis de otras casas de formación sacerdotal, como la del «Sagrado Corazón», de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, en Toledo, la del «Sagrado Corazón y Nuestra Señora del Rosario», de los PP. Operarios del Reino de Cristo, en Olías del Rey y la de «Santa María de los Pobres», de los Siervos de los Pobres del Tercer Mundo, en Ajofrín, que reciben su formación teológica en nuestro Instituto Superior de Estudios Teológicos «San Ildefonso». Su presencia, su espiritualidad, sus carismas son una indudable riqueza para nuestra archidiócesis y para la Iglesia universal.

43. Agradezco a la **vida consagrada** su entrega en lo escondido del claustro, en el caso de la vida contemplativa, o en la conjugación de la oración y el

34 Benedicto XVI, Discurso en la Vigilia de oración con los jóvenes (24 septiembre 2011).

35 Cfr. Cardenal Marcelo González, Carta Pastoral *Un Seminario nuevo y libre*.

apostolado en sus diversas formas, en el caso de la vida activa. Sé que tenéis siempre muy presente la necesidad de orar para que el Señor siga bendiciéndonos con muchos y santos sacerdotes, como también sé que sois para todos los sacerdotes estímulo e iconos vivientes del amor oblativo de Cristo y de la vida nueva, pregustación de la eterna, a la que Él nos llama.

44. Mi gratitud se dirige también **a todos los fieles cristianos** que rezan por la santidad de los sacerdotes y las vocaciones sacerdotales, sostienen con sus limosnas a nuestro Seminario y apoyan, quieren y animan a los seminaristas y a los posibles candidatos al Seminario. A todos os invito a que vuestra vinculación espiritual con el Seminario crezca más y más, mediante vuestro conocimiento afectuoso, vuestra oración y vuestro compromiso por él.

45. Quisiera tener un recuerdo muy especial **a todos los padres y madres, vivos o difuntos, de nuestros sacerdotes y seminaristas**. Sólo Dios sabe el sacrificio interior que, tal vez, hicisteis al dejar que vuestros hijos respondieran con libertad a la llamada del Señor; a todos nos dais un ejemplo del verdadero amor, como el de la Virgen y san José: amar sin poseer. Dios, que no se deja ganar en generosidad, os premiará en esta vida y en la otra vuestra generosidad, vuestros ejemplos de sencillez y de piedad, vuestras oraciones y vuestros desvelos no sólo por vuestro hijo, sino también por los demás sacerdotes a los que él queda vinculado con vínculos de verdadera fraternidad mediante el Sacramento del Orden. De algún modo, los padres de un sacerdote sois padres de todos los sacerdotes. Todos hemos sido testigos del afecto sincero y familiar que se establece entre los padres de los sacerdotes que han compartido años de Seminario, algunos, incluso, desde niños.

A unos y a otros, a todos, os pido que sigáis dando vuestro apoyo, vuestra ayuda, vuestras plegarias y vuestra colaboración al Seminario y a las vocaciones sacerdotales.

Por mi parte, os aseguro mi compromiso a trabajar con denuedo, como lo han hecho mis antecesores en la sede primada, por esta intención que está en el centro de mi corazón.

Invocando la intercesión de la Inmaculada Virgen María, ante cuya imagen todos los sacerdotes nos hemos consagrado en vísperas de nuestra Ordenación sacerdotal, os bendigo a todos de corazón.

*Oh María,
Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes:
acepta este título con el que hoy te honramos
para exaltar tu maternidad
y contemplar contigo*

*el Sacerdocio de tu Hijo unigénito y de tus hijos,
oh Santa Madre de Dios.*

*Madre de Cristo,
que al Mesías Sacerdote diste un cuerpo de carne
por la unción del Espíritu Santo
para salvar a los pobres y contritos de corazón:
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,
oh Madre del Salvador.*

*Madre de la fe,
que acompañaste al templo al Hijo del hombre,
en cumplimiento de las promesas
hechas a nuestros Padres:
presenta a Dios Padre, para su gloria,
a los sacerdotes de tu Hijo,
oh Arca de la Alianza.*

*Madre de la Iglesia,
que con los discípulos en el Cenáculo
implorabas el Espíritu
para el nuevo Pueblo y sus Pastores:
alcanza para el orden de los presbíteros
la plenitud de los dones,
oh Reina de los Apóstoles.*

*Madre de Jesucristo,
que estuviste con Él al comienzo de su vida
y de su misión,
lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo:
acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio,
protégelos en su formación
y acompaña a tus hijos
en su vida y en su ministerio,
oh Madre de los sacerdotes. Amén³⁶*

En Toledo, a 14 de septiembre de 2021
Fiesta de la exaltación de la Santa Cruz

36 San Juan Pablo II, Exh. ap. posts. «Pastores dabo vobis» (25 marzo 1992).

II. ESCRITOS DOMINICALES**VISITA PASTORAL: EL BUEN PASTOR
CONOCE A LAS OVEJAS****Escrito dominical, el 5 de septiembre**

Desde que inicie mi vida episcopal al servicio de la Archidiócesis de Toledo, prácticamente he estado ejerciendo mi ministerio en una situación de pandemia y sufriendo el confinamiento como todos. Por otra parte, la vida continúa, por eso quiero anunciaros a toda la Archidiócesis, a las Parroquias, a los sacerdotes, a la vida consagrada y a los laicos, el gozo de iniciar mi primera visita pastoral. El lema que he escogido tomado del Evangelio de Juan (cap. 10) es que El Buen Pastor conoce a las ovejas y “vive entregando la vida para que tengan vida y la tengan en abundancia”.

Tres son los objetivos sencillos para esta visita pastoral, que comenzará D.m. al principio del curso con el lema de que “El Buen Pastor conoce a las ovejas”.

1. Visitar toda la Archidiócesis en clave arciprestal. La visita pastoral se hará por los arciprestazgos. El Obispo se reúne con el Arcipreste y todas las parroquias del arciprestazgo, se pone la duración de la visita, se hace un cartel anunciador de la visita que deberá estar en todas las parroquias que sean visitadas y en todos los lugares posibles de las distintas parroquias.

Se enviará antes una encuesta para conocer la situación de las parroquias, que se debe tratar con los Consejos Pastorales y de Economía de las parroquias, donde también se les pregunte qué esperan de la visita del Obispo partiendo de sus necesidades.

En las misas de cada domingo se rezará la oración de la visita pastoral, para preparar la misma y a la vez ser un anuncio de la visita.

2. Ejercicio de comunión y de corresponsabilidad Los párrocos deberán hablar antes con el Obispo y con tiempo deben reunirse con los consejos parroquiales, para que toda la parroquia se sienta implicada.

Es el ejercicio de Comunión y Corresponsabilidad del Obispo con toda la parroquia, con el párroco y los sacerdotes, vida consagrada, familia y laicos.

Se debe encontrar el Obispo con todo lo que exista en la parroquia. De una manera ordenada y sin prisas, no se deberían quedar sin un encuentro con el Obispo aquellas realidades que crea oportuno y necesario el párroco, según indica el directorio de los Obispos para la visita pastoral.

Al terminar la visita pastoral, el arciprestazgo ofrecerá al Obispo unas pistas para que escriba una breve carta pastoral a la parroquia y al Arciprestazgo, con unas palabras de aliento y donde se debería manifestar aquello en lo que

hay que insistir durante este tiempo, hasta que vuelva a realizarse la próxima visita pastoral.

3. Lo que no debe faltar en una visita pastoral. El Obispo, junto a la parroquia que realice la gracia de la visita pastoral, tiene que elaborar un horario donde debe tratar por todos los medios que sea una auténtica visita pastoral, del pastor con “sus ovejas” a las que debe conocer y entregar su vida por todos. La comunión plena con los sacerdotes y toda la parroquia debe ser la realidad de toda la visita pastoral.

Se comunicará a la autoridad civil, la visita pastoral y a todas las instituciones del entorno de la parroquia, con el fin que, en su momento, se puedan visitar.

Siempre la visita pastoral deja mucho campo a la iniciativa de los párrocos y del consejo parroquial que debe hacer lo posible, para que la visita pastoral sea un verdadero encuentro de comunión, sinodalidad y corresponsabilidad, para que se cumpla el lema de que el Buen Pastor conoce a sus ovejas.

Encomiendo la visita pastoral a la Virgen de Guadalupe en su Jubileo, para que dé frutos abundantes.

CENTENARIO DE LA LEGIÓN DE MARÍA

Escrito dominical, 12 de septiembre

Este 7 de septiembre el movimiento apostólico “Legión de María” ha celebrado el primer centenario de su fundación por el Siervo de Dios Frank Duff. Este laico irlandés, nacido el 7 de junio de 1889, creció en un ambiente muy católico incorporándose a la Sociedad de San Vicente de Paul a los 24 años, lo que hizo que se fuera comprometiendo cada vez más con su fe, y adquiriendo una gran sensibilidad a las necesidades de los pobres y necesitados.

Sin embargo, lo que le marcaría para siempre fue leer el librito de san Luis María Grignon de Montfont llamado “La perfecta devoción a la Virgen Santísima”. Él mismo relata cómo al principio no le comprendió, pero ante la insistencia de su confesor, volvió a retomarle y en su lectura ya más pausada se le abrió ante él un nuevo horizonte desconocido anteriormente.

Este libro y la influencia de san John Henry Newman, marcó un tiempo en la vida eclesial de Irlanda y de toda Gran Bretaña. Sus palabras le atronaron: “Quiero in laicado que no sea arrogante, precipitado en el habla, litigioso, sino hombres que conocen su propia religión y la profundizan, que son conscientes de quiénes son, que saben lo que poseen, que conocen tan bien su historia que saben defenderla”.

La meditación de estos textos y su profunda vida interior, le llevo a formar el primer grupo de “Legión de María” en 1921, con un grupo de mujeres y con

la ayuda de Fr. Miguel Toher, sin saber en los comienzos a ciencia cierta lo que iban a realizar. Solo tenían una cosa clara: querían depender de la Virgen María en el apostolado directo hacia los apartados de la vida de la Iglesia, los verdaderos pobres. Rápidamente el nuevo movimiento se extendió por toda Irlanda y traspasó sus fronteras extendiéndose por todo el mundo. Tal fue el cambio que produjo allá donde se fue extendiendo que el Siervo de Dios fue nombrado observador seglar en el Concilio Vaticano II siendo recibido con fuerte aplausos en el aula conciliar por los obispos que conocían ya la forma de actuar de la Legión de María.

Legión de María se adelantó, por tanto, a los documentos magisteriales del Concilio Vaticano II y a los de los posteriores Papas. Ya san Juan XXIII llegó a denominarla como “el verdadero rostro de la Iglesia Católica”, pues la formación, la vida espiritual y el compromiso apostólico se entrelazan de forma sencilla y profunda.

En este tiempo de “Iglesia en salida”, como dice el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Evangelium Gaudium*, la Legión de María es un modelo a seguir: en humildad y constancia, visitando enfermos y personas en soledad, saliendo a las calles y plazas para contactar por las calles y hablar abiertamente de Jesucristo...

Felicitemos cordialmente a todos los miembros de “Legión de María” en nuestra Archidiócesis de Toledo, deseando que sean muchos más sus miembros y grupos nuevos en las parroquias de nuestra Diócesis para llevar a cabo la obra evangelizadora de la Iglesia imitando al Corazón de la Virgen María en sus labores apostólicas.

JORNADA DE INICIO DEL CURSO PASTORAL

Escrito dominical, 19 de septiembre

Mis queridos hermanos: En los primeros días del mes de septiembre, me dirijo a todos vosotros para convocaros a la Jornada de Inicio del Curso Pastoral 2021-2022, que tendrá lugar el próximo sábado, 25 de septiembre.

Seguimos atravesando una situación compleja como consecuencia de la pandemia y de sus diferentes manifestaciones. Tengo particularmente presentes a todas las personas que estáis sufriendo como consecuencia de la enfermedad, de la crisis o por cualquier otro motivo. Pido al Señor que nos dé fuerzas y nos ayude a vivir esa situación, que siempre es fecunda cuando se ve desde los ojos de Dios.

Las dificultades del momento presente, sin embargo, no deben llevamos a la parálisis ni a encerrarnos en nuestras casas y en nuestros templos. Al

contrario, necesitamos reencontrarnos para vivir, expresar públicamente y compartir entre nosotros y con los demás nuestra fe, con todas las medidas de seguridad que se nos recomiendan, de forma responsable, pero valiente.

Por eso deseo enormemente poder iniciar mi visita pastoral y, junto con ello, seguir recuperando algunos de nuestros encuentros diocesanos a lo largo del curso pastoral.

En el día de hoy he firmado mi Carta Pastoral para este curso, en la que, con el título «Los sueños se construyen juntos», reflexiono sobre la vocación laical en el momento presente. En ella, además, presento la propuesta pastoral presinodal que nos conducirá en los próximos tres años hasta el sínodo diocesano al que daremos inicio en 2024. Cada uno de ellos lo dedicaremos especialmente a profundizar en las tres formas de vivir la llamada universal a la santidad -la vocación laical, la vocación a la vida consagrada y la vocación al sacerdocio ministerial- sin olvidar los subrayados que nos marca la Iglesia universal (como el año de la familia o el sínodo de los obispos sobre la sinodalidad), o que estamos impulsando en nuestra propia Archidiócesis (como el Año Santo Guadalupense). Estoy convencido de que caminar juntos, con una forma común de mirar a la realidad que nos rodea desde iniciativas compartidas, dará muchos frutos.

Este curso pastoral al que estamos dando inicio lo dedicaremos, pues, a la vocación a la que están llamados, por el bautismo, los fieles laicos. Es una vocación única y específica, maravillosa e insustituible, que consiste en hacer presente el Reino de Dios en las realidades temporales.

En la jornada de inicio de curso tendré la oportunidad de presentaros los contenidos principales de la carta y, junto con ello, nos presentarán también la propuesta pastoral y las claves de este año, en sintonía con el Congreso de Laicos celebrado en Madrid en 2020 y que tantos frutos está dando en la Iglesia que peregrina en España y también en nuestra Archidiócesis.

Así pues, queridos hermanos, os convoco a todos a este primer encuentro diocesano, con la esperanza de poder saludaros; y os animo a seguir trabajando, en comunión, para hacer realidad los sueños que estamos construyendo juntos. Encomiendo a la Virgen de Guadalupe, el fruto pastoral para seguir caminando juntos con alegría.

¡CUIDEMOS LA CREACIÓN!

Escrito dominical, 26 de septiembre

Al comienzo de este curso pastoral que comienza con lo que el Papa ha llamado Tiempo de la Creación, que va del 1 de septiembre al 4 de octubre,

fiesta de San Francisco de Asís, y en el que todos los cristianos rezamos y celebramos el don de la creación he considerado muy oportuno publicar una carta pastoral al respecto reflexionando sobre estos tres puntos: la realidad de la crisis ambiental, la raíz humana de la crisis ecológica, y el fundamento teológico del cuidado de la creación.

La realidad de la crisis ambiental. En este punto sólo quiero asomarme al problema del deterioro medioambiental, que es algo evidente y nos preocupa a todos, pues nuestra salud depende del aire, del agua y de los alimentos que tomamos. Además nos afectan fenómenos climáticos extremos que parecen estar relacionados con ese calentamiento global y acelerado que se está produciendo.

La actividad humana sobre la tierra está provocando un impacto que supera la capacidad de regeneración de la propia naturaleza, se aprovechan más recursos naturales de los que la Tierra puede proporcionar y se distribuyen de forma tan injusta que son insuficientes para acabar con el hambre y la pobreza del mundo.

En los próximos meses la comunidad internacional afronta, en este ámbito, dos reuniones de primera magnitud promovidas por la ONU, la primera, sobre biodiversidad, que tendrá lugar en octubre en China, y la segunda, sobre Cambio Climático que tendrá lugar en noviembre en Reino Unido, y donde el Papa tiene previsto intervenir.

La raíz humana de la crisis ecológica. Conscientes del problema, toca buscar soluciones, y éstas pasan por revisar nuestro modo de vivir y el uso y aprovechamiento que hacemos de los recursos naturales. Vivimos sin pensar en los demás y en las futuras generaciones.

El relativismo que invade nuestra cultura, y que nos lleva a priorizar nuestros propios intereses por encima del bien común, se alía con el paradigma tecnocrático para hacernos creer dueños absolutos de todo e ignorar los límites de la propia naturaleza. Nos olvidamos de Dios, ocupamos su lugar y terminamos despreciando su obra.

La solución pasa por nuestra propia conversión, por cambiar nuestro estilo de vida y abrazar la espiritualidad que encarnó San Francisco de Asís, ejemplo por excelencia del cuidado de lo que es débil y de una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad.

Fundamento teológico del cuidado de la creación. Por último, acudo a la Palabra de Dios, para ver como a lo largo de toda la Historia de la Salvación, Dios se revela como Creador. Y como en el Nuevo Testamento, se completa la revelación en Jesucristo, origen y destino de la creación. Descubrimos en el mundo visible la presencia invisible de Dios. La belleza y la grandeza de lo creado nos eleva a Dios y nos mueve a alabarle y darle gracias. Dios que creó todo de la nada por amor y libremente, sigue manteniéndolo todo en su

ser por su infinita bondad, y permite su desarrollo y evolución propiciando múltiples formas de vida.

En definitiva, la vocación de ser protectores de la obra de Dios es una vocación de todo cristiano, pues conociendo el don de Dios, poseemos las convicciones más fuertes para colaborar y trabajar en el cuidado de la casa común.

Así se lo pedimos a la Virgen en este Año Jubilar Guadalupense en el que todos seguiremos peregrinando por hacia su hogar, casa de sanación, casa de conversión.

SECRETARÍA GENERAL

I. DECRETOS

Nos, DOCTOR DON FRANCISCO CERRO CHAVES,
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España,

Aceptada la instancia que nos presenta la Cofradía-Hermandad del «Santísimo Cristo de la Humildad», erigida canónicamente el día 1 de junio de 2006, y con domicilio social en la parroquia de “San Juan de los Reyes”, calle san Juan de los Reyes, s/n, 4, 45002 TOLEDO, solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos reformados conforme a las normas canónicas y diocesanas vigentes;

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Hermandad, y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Delegado diocesano de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente,

DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Cofradía-Hermandad del «Santísimo Cristo de la Humildad» de TOLEDO, según la nueva redacción aprobada en Asamblea General Extraordinaria celebrada el 27 de junio de 2021, y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Cofradía ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Cofradía un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 3 de septiembre de 2021.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. Rvdma.
JOSÉ LUIS MARTÍN FERNÁNDEZ-MARCOTE
Canciller Secretario General

Nos, DOCTOR DON FRANCISCO CERRO CHAVES,
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España,

DECRETO

Aceptada la petición que nos ha sido presentada por el Rvdo. D. Emilio Palomo Guío, Director-representante del titular del Colegio diocesano «Santa Clara» de OCAÑA (Toledo), solicitando la erección canónica de un Oratorio en un lugar dignamente preparado en el mencionado Colegio sito en la calle Mártires de Ocaña, nº 12 de dicha localidad, y contando con el informe favorable del Sr. Delegado diocesano de Liturgia,

por las presentes, concedemos nuestra licencia para que pueda establecerse el solicitado Oratorio, asimismo autorizamos que se pueda celebrar la Santa Misa y reservar y venerar la Santísima Eucaristía, observadas fielmente las disposiciones canónicas (ce. 1223-1225 y 938) y las normas litúrgicas vigentes.

Se advierte que el mencionado Oratorio no podrá ser destinado a usos profanos sin la autorización del Ordinario (c. 1224 § 2) ni podrá ser trasladado sin haber obtenido previamente nuestra licencia expresa.

Dado en Toledo, a 14 de septiembre de 2021.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. Rvdma.
JOSÉ LUIS MARTÍN FERNÁNDEZ-MARCOTE
Canciller Secretario General

II. EDICTOS

Nos, DOCTOR DON FRANCISCO CERRO CHAVES,
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España,

EDICTO

Con fecha veinticinco del mes de enero del año dos mil veintiuno, el Rvdo. D. Alberto Royo Mejía, legítimamente nombrado Postulador de la Causa de Beatificación y Canonización de la sierva de Dios Jorja Perea García, madre de familia, por la diócesis de Getafe, parte Actora de la Causa, me ha presentado

el documento de súplica (Prot. N° OD2/2021) del inicio de la Causa de la sierva de Dios y de la investigación diocesana sobre la vida y sobre las virtudes heroicas, así como sobre la fama de santidad y de signos, así como sobre las virtudes cristianas de la misma sierva de Dios.

En conformidad con lo establecido en el n. 11b de las Normas que han de observarse en la Investigaciones que hagan los Obispos en las Causas de los Santos, publicadas el 7 de febrero de 1983, por la Congregación para las Causas de los Santos, con el presente Edicto hago público el documento de súplica del Postulador e invito a todos los fieles a enviarme noticias o informes que puedan ser útiles referentes a la Causa.

Esas noticias de todo tipo en general, tanto personales como privadas, y una fotocopia auténtica de documentos o cartas, etc., pueden ser comunicadas al Rvdo. Sr. Canciller de esta archidiócesis a la siguiente dirección: Arzobispado de Toledo, c/ Arco de Palacio, n° 3; 45002 TOLEDO.

In fede.

Dado en Toledo, a 29 de septiembre de 2021.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. Rvdma.
JOSÉ LUIS MARTÍN FERNÁNDEZ-MARCOTE
Canciller Secretario General

III. NOMBRAMIENTOS

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Con fecha 2 de septiembre:

- Rvdo. Sr. D. Federico Vega Ramos, adscrito a la parroquia de Santa María la Mayor, de Talavera de la Reina.
- Rvdo. Sr. D. Federico Vega Ramos, capellán de las religiosas Agustinas del convento de San Ildefonso, de Talavera de la Reina.
- Rvdo. Sr. D. David Sánchez Ramos, delegado diocesano de la Delegación de Pastoral Universitaria, por cinco años.

- Rvdo. Sr. D. Federico Vega Ramos, director del Secretariado de Pastoral de la Tercera Edad, por cinco años.
- Rvdo. Sr. D. Daniel Rodríguez de la Cruz, administrador parroquial de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, de Turleque.
- Rvdo. Sr. D. Braulio Manuel Acosta Machín, vicario parroquial de la parroquia de Santa María de la Asunción, de Ocaña.
- Rvdo. Sr. D. Amancio Chico Jiménez, adscrito a la parroquia de San Juan de Ávila, de Talavera de la Reina.
- Rvdo. Sr. D. Carlos Clemente Pedroviejo, adscrito a la iglesia de San Ildefonso, de Toledo.
- Rvdo. Sr. D. David Casas de la Cal, capellán 1º del Colegio Sagrados Corazones, de Madres Agustinas, de Talavera de la Reina.
- Rvdo. Sr. D. Alberto Rocha Escobar, capellán 2º del Colegio Sagrados Corazones, de Madres Agustinas, de Talavera de la Reina.
- Rvdo. Sr. D. José Antonio Fuentes Ucendo, capellán de las Eremitas, de Consuegra, por cinco años.
- Rvdo. Sr. D. Manuel Mellado García-Suelto, capellán 1º del Centro Penitenciario Ocaña II.
- Rvdo. Sr. D. Miguel Andrés Llorca Díaz, director del Secretariado de Pastoral Obrera, por cinco años.
- Rvdo. Sr. D. Miguel Andrés Llorca Díaz, consiliario diocesano de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC).

Con fecha 21 de septiembre

- Rvdo. Sr. D. Juan García del Rincón Miranda, confesor ordinario del Seminario Menor Santo Tomás de Villanueva, de Toledo.
- Rvdo. Sr. D. Francisco Sánchez-Brunete Cháves, confesor ordinario del Seminario Menor Santo Tomás de Villanueva, de Toledo.
- Rvdo. Sr. D. Miguel Ángel Gutiérrez Molero, subdelegado diocesano de la Delegación de Pastoral de Adolescencia y Juventud, por un año